VARGAS VILA

Salomé

BIBLIOTECA
SOPENA

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/salomnovelapoe00vark

DERECHOS DE AUTOR

Todo ejemplar que circule sin estampilla, será considerado ilegal.

SALOMÉ

J. M. VARGAS VILA

SALOMÉ

NOVELA-POEMA

(OBRA INÉDITA)

Imprenta y Librería PEREYRA - Córdoba

BARCELONA
RAMON SOPENA, Editor
Provenza, 93 a 97

Derechos reservados.

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona

PROLOGO

Este libro mío, ¿es una Novela?

¿es un Poema?

es las dos cosas en una sola: es una Novela-Poema;

el Poema es el hijo de la Fábula;

la Fábula es la Madre de los dioses;

desde los cielos radiosos del Atica, hasta los tristes cielos de Galilea, ningún dios ha nacido que no sea del seno de la Fábula...

es a la poemización de la Fábula, que se deben los más bellos libros de la His-

toria: la «Ilíada», la «Biblia», la «Divina Comedia», y, hasta la leyenda dolorosa del Cristo, llena de tan candorosa simplicidad;

no hay tela igual a los horizontes intocados de la Fábula para desarrollar en ellos, los motivos de una Obra de Arte;

en ellos, el ritmo de la Palabra, crea el esplendor de las visiones en un horizonte de pura Idealidad;

es en el corazón de la Fábula, que yo esculpo este Poema;

en el corazón de la fábula bíblica;

el candor de los evangelios, tiene muy escasa belleza, en el horizonte circunscripto de sus cielos bárbaros;

es necesario idealizarlos mucho, para hacer bellos, los escasos motivos de Poema, vivos entre los vestigios, de aquella literatura de decadencia y de esclavitud,

RE
No

si literatura pudieran llamarse los escritos anónimos de aquellas tribus de pastores, envilecidas por la conquista y, casi desaparecidas bajo ella;

esas prosas ictiófagas, tan desarrapadas, como los pescadores miserables a quienes se les atribuyen, carecen en su simplicidad agresiva, del divino candor, que, en las prosas homéricas, envuelve como una atmósfera, las figuras extrahumanas de los dioses y, de los hombres;

yo, confieso, que al hacer este Poema, he espigado en plena Fábula, o mejor dicho, he ideado *el Poema todo, con motivo de una Fábula;*

la sola belleza de los evangelios, es, ser apócrifos;

es como obras de imaginación, que valen, ya que nosotros, no podemos estimar

las bellezas rudimentarias de los dialectos bárbaros, en que fueron escritos;

las figuras del Nuevo Testamento—excepción hecha de la del Cristo por su exasperación dolorosa—, no dan de sí, materia para poemas de alta envergadura, bélica o lírica, como las figuras del Viejo Testamento;

¿dónde hallar un David, un Salomón, un Moisés, un Holofernes, en aquellas prosas de pasividad y servidumbre, donde no se divisa la sombra de un Héroe, ni de un Pueblo combatiente, en el horizonte diminuto de aquellas montañas cetrinas, y en el desfile apacible de pastores y de rebaños sumisos que las decoran?

¿dónde hallar el fasto y la pompa, en esa tierra de esclavos y de mendigos, que no sea en los palacios de los Pretores y de los Tetrarcas?

son los únicos medios y, los únicos seres, que no están fuera del Arte, en aquella región de vagabundos y de siervos, dados por igual al abigeato y a la contemplación;

mi Poema es por eso cesáreo y tetrarquesco, de suntuosidad oriental y de asiatismo violento;

la suntuosidad de sus decoraciones, su pompa pictural y arquitectónica, están por sobre la simplicidad desnuda de las prosas evangélicas;

ese asiatismo de coloraciones, es necesario a un poema oriental, hecho todo de fausto y de miraje;

donde el Poema, sin dejar su musicalidad, toma las formas amplias de la Novela, y, entra violentamente en el Drama, es, al llegar al mundo psíquico, al mundo de las almas;

las de esta mi Novela, son más fuertes, más humanas que las de la leyenda bíblica;

las he idealizado así, dándoles un soplo de pasión, que no tienen en el tosco esbozo evangélico que me sirvió de tema;

mi Bautista, no es el Bautista de la Biblia, y, mi Salomé, la Salomé de la Biblia, no es;

mi Obra, es fantástica, tan fantástica como los evangelios mismos;

estando al lado opuesto de ellos, es tan verídica como ellos;

el alma de la Fábula, es, una sola: la Ficción;

todo lo que tienda a idealizar la Vida, es una conquista de la Vida misma;

la Fantasía, rompiendo los muros limítrofes de la Realidad, ensancha enormemente los horizontes de la Belleza, los

hace infinitos, hasta colindar con los cielos tenebrosos de la Visión;

sólo en las regiones de la Fantasía, es dado crear;

crear, es la misión del Genio;

copiar o embellecer lo creado, es la misión del Arte;

aquel que reproduce cosas de Arte, tiene en su Obra, la belleza inocente, del lago que retrata el cielo;

aquel que crea, cosas de Arte, tiene en su Obra, la Fuerza y la Belleza, de aquel que hizo los cielos y los lagos;

porque él, también crea;

sicut deo;

la fantasía subiendo por la escala de oro del misticismo ha creado los ángeles en el Cielo;

los poetas han creado figuras de mujeres, no menos adorables sobre la Tierra;

adorables por su belleza, y casi todas adorables por su Perversidad;

desde la Elena de Homero, a la Beatriz del Dante, y, la Desdémona de Shakespeare, ¡qué bellas creaciones! ¡qué espléndidas criaturas!

ellas pueblan las regiones del Arte, como un enjambre de abejas luminosas, que tuvieran su colmena en las estrellas del cielo...

las mujeres de la Biblia, han tentado con sus figuras fantásticas, la imaginación de altísimos poetas;

ellos, las han evocado e idealizado a su manera;

de Friedrich Hebbel, a Mœterlinck, y, de Wilde, a Rostand, por mentar sólo los más modernos, las figuras trágicas o simplemente dramáticas de mujeres de la Biblia, han surgido evocadas por ellos en el

fondo de tragedias y dramas inolvidables;

todos ellos, han arrojado sus creaciones vivas y palpitantes, sobre las tablas del Teatro;

yo, no he querido profanar así la mía;

desprecio mucho el espectáculo y la gloria escénica para arrojar a la voracidad de la Gran Bestia, una Obra mía;

he optado para mi creación, por esta forma de Novela-Poema, que por ser forma de arte más puro, lejano en absoluto al contacto de las muchedumbres, se presta a vuelos de mayor idealidad;

he extraído a Salomé de la entrañas del Poema Bíblico, y la he modelado a mi manera;

virgen perversa y fatal, tan fatal y tan perversa, como aparece en la candidez de las páginas evangélicas, y como ha pa-

sado después, por poemas, por teatros y por films, *hasta desbordar en la furente histeria que Lida Borelli, ha inmortalizado en actitudes prodigiosas; mi Salomé, es, sin embargo, otra; otros sus gestos éticos; otro su* Yo *complejo y tenebroso;*

el cuadro mismo en que se desarrolla su pubertad cínica y cojitabunda, es distinto de aquel en que la leyenda coloca su figura enigmática y tentadora, tal vez inexistente;

esta creación no deja en las manos que la tocan, el áureo polvo que dejan otras libélulas inmortales hechas para volar bajo los cielos del Arte; sólo deja algo del fango que la forma, un fango tornasol, como las alas de los coleópteros, y no carente de esplendores y de mirajes;

el Bautista de mi Novela, no es tampoco, el vehemente y cándido alucinado,

que muere en la leyenda, rechazando los besos del Amor;

mi Bautista, muere como Hombre;

eso priva al Cielo de un Santo menos;

pero, da a la Tierra un Hombre más;

y, un Hombre, vale siempre más que un Santo;

he puesto a esta Novela mía, todas las armonías de la música verbal, única elocuencia posible para esta clase de Poemas;

el Ritmo, da alas al Poema;

toda la música del mundo está en el Ritmo;

la Palabra, es hecha para el Canto;

la música superior de las palabras, una música rica y suave, debe circular por los parajes del Poema, como la caricia misteriosa del aire, sobre las pálidas rosas, que

ornan un paraje de amor a la hora crepuscular.

... ...

... ...

...Es el Arte para mí, un refugio;

no una Cima fragorosa: un Sinaí;

sino un valle virgiliano, dulce y suave, sin tormentas, donde se oye en el Silencio, murmurar la Soledad;...

es huyendo de mis luchas tormentosas y bravías, que yo busco de ese valle silencioso, la quietud;

y, es en él, que escribo entonces, obras de Arte;

como ésta;

llego a ella, fatigado del fragor de mis novelas anteriores;

de estas últimas que he escrito, complicadas y, rebeldes, negadoras y atrevi-

das, destructoras de los mitos, todas ellas inflamadas por un soplo de fatal demolición: «La Demencia de Job», el «Minotauro», «El Final de un Sueño», «La Ubre de la Loba»;

fué huyendo de ese incendio, que busqué en este Poema, sombra suave, sombra verde, donde el Ritmo hiciera músicas y, las alas de mi Ensueño se pudieran desplegar;

e hice esta Obra.

Obra lírica;

romántica;

musical;

como hubiera ensayado, un solo de violín, en las sombras de un jardín, una noche tropical...

la jactancia no me asalta de haber hecho Obra de Fuerza;

ni lo quise;

de Belleza sí la hice;
de Belleza Pictural;
melódica, armónica, como una gran Sinfonía Coral;
un Capricho Musical;
ricas gamas de paisajes,
policrómicos mirajes;
bajo agónicos follajes, la alegría de las rosas;...
almas bellas, dolorosas, en los brazos del Pecado;
bajo el nimbo del Ensueño;
luminoso, melancólico, como un nimbo sideral...
es;
mi Poema Bíblico;
y,
musical.

*

El Yo *de ciertos escritores, es una tentación malsana;*

los que lo lapidan, y los que lo coronan, no se conforman con verlo lapidado o coronado, quisieran verlo desnudo, espiritualmente desnudo;

quisieran ver sin velos, aquel Yo *formidable, que los aterra o los encanta;*

no hay un prestigio igual, al prestigio de la leyenda, por absurda que ésta sea;

toda leyenda es una aureola que fascina;

aun la leyenda del Crimen;

no se deja de mirar nunca, hacia un hombre que tiene leyenda;

la Historia envejece;

la Leyenda no;

la Leyenda es siempre joven, como una Primavera, y, como una Aurora;

es una zarza siempre florecida, en torno a la cueva de un león;

todos esperan ver asomar la cabeza de la fiera, por entre aquel follaje que le sirve de corona;

un Hombre que tiene Leyenda, es infinitamente más atractivo que un Hombre que no tiene sino Historia;

y, eso, porque la Historia, es transparente, y la escriben espíritus ecuánimes y, sin pasión;

la Leyenda, no;

la Leyenda, es obscura y fulgurante, como una llama rodeada de humo;

denuncia y oculta al mismo tiempo al Hombre que rodea...

está poblada de aullidos,... porque es inventada y escrita por el Odio;

por el Odio contra los grandes hombres;

el Hombre que tiene leyenda no es nunca completamente visible, a los ojos de los otros, que lo buscan ávidos, tras de aquel zarzal ardiente, más allá del cual se escucha su voz;

y, entonces, se dan a buscar su alma; si es Poeta en sus versos, si es Escritor en sus libros...

el deseo de ver su alma desnuda; los obsesiona, y creen ver una revelación, una reencarnación de esa alma, en todos los personajes que crea en sus Obras;

y, buscan su Yo, *a través de todas ellas;*

en cuanto a mí, la triple muralla del

Mar, de la Leyenda y de mi Soledad, me han ocultado siempre a los ojos de los millones de almas que me leen con un fervor creciente y de ahí que se empeñen en buscar y en hallar actitudes mías y fragmentos autobiográficos, en libros en que no los hay;

tal sucede con mis novelas;

libros míos, tan verdaderamente personales, como: «Huerto Agnóstico», «La Voz de las Horas», «Del Rosal Pensante», «Archipiélago Sonoro», «De los Viñedos de la Eternidad», no bastan a ciertas almas, que se empeñan en verme más ampliamente revelado en gestos más íntimos y decisivos;

mis volúmenes de Historia y de Política, no satisfacen la curiosidad de los que quisieran ver en ellos otro Yo, *que no sea el* Yo *del Historiador y del Panfletario;*

de ahí que se haya dado en la manía de buscar en mis novelas, el Yo Intimo, *empeñándose en ver en la mayoría de ellas un Breviario de Egotismo en unas; fragmentos de mi autobiografía en otras, y, prefiguraciones de mi* Yo, *en casi todas; lo cual me ha valido ataques ridículos de los que odian el* Yo, *por no tener ninguno, y lo escriben con minúscula por temor de que la mayúscula resulte más alta que ellos;*

yo, no he querido explicarme nunca, respecto a esa aserción, renovada a la aparición de casi cada una de mis veinte novelas publicadas;

«Aura» aquella mi trivial novela de adolescencia, que me ha valido las más puras de las admiraciones que he tenido en mi ya larga carrera literaria, la admiración de las vírgenes y de los adolescen-

tes, ha hecho que los corazones conmovidos por ella, confundan de tal manera mi Vida con ese Idilio, que labios adorables de inocencia, me han preguntado:

—Vargas Vila, ¿ha amado usted otra mujer después de Aura?...

y, las voces que eso me decían, temblaban, con la emoción vecina de las lágrimas, y los divinos ojos se entrecerraban, con casta mansedumbre, veladas las pupilas por la sombra impalpable del Ensueño;

yo, no he respondido, ni afirmativa ni negativamente;

¿cómo podría hacerlo?

todo eso, está ya lejos, tan lejos, que se pierde en las perspectivas del Recuerdo, cercanas a las zonas del Olvido;...

treinta años hacen, que ese Idilio se pu-

blicó, y, hace el mismo tiempo, que yo, no paso la vista por sus páginas;*

¡ay! pero, podría repetirlo palabra, por palabra...

¿es verdad que envejecemos?

se diría que no, viendo el cándido fervor con que aspiramos el perfume de las rosas ajadas, y, miramos soñadores, el resplandor de las estrellas lejanas;

lo que hay de Poeta, en el Hombre, no muere nunca;

y, tal vez es lo que hay de Poeta en el Hombre, lo único que ama en él...

¿qué Hombre no ha vivido en su Vida un instante de Poema?...

¿quién no ha besado unos labios vírgenes, llenos del divino temblor de las cosas inconfesadas?...

(*) 1888

en «Flor del Fango», se ha creído ver, encarnado en una Mujer, el Mito de mis Rebeldías;

absurdo;

la Heroína de ese libro vivió;

y, su Tragedia, yo, la vi vivir;

¿en dónde?

la vetusta ciudad que la albergó lo sabe bien...

ella, repite diariamente esa Tragedia bajo otras formas;

sus manos lapidadoras, no se cansan de santiguarse y de matar.

«Ibis», aquel libro de Fatalidad, por el cual, es público, que se han suicidado diez y siete personas, siendo por eso apellidado la Biblia del Suicidio, *que ha disuelto tantos matrimonios, roto tantos idilios, ajado tantos gérmenes de poemas, me ha ocasionado tan rara y dolorosa co-*

rrespondencia, de anatemas de las víctimas, y, gritos de Victoria de los vencedores, que si yo publicara un día ese Epistolario se vería el más extraño caso de sugestión literaria que un libro puede ejercer sobre almas angustiadas y dolorosas;

y, ¿no se ha querido verme a mí, en la figura del Maestro, que en las páginas de aquel libro siembra la Desolación y la Muerte?...

¡Maestro! me han gritado con ese libro en la mano, los vencedores y, los vencidos; aquellos que iban a morir por él, y, aquellos que por él, se libertaban...

¡Maestro!... me han dicho en su gratitud, aquellos a quienes ese libro ha libertado de las dos esclavitudes oprobiosas: la Vida y el Amor;

y, sin embargo;

yo, no viví la Tragedia de ese libro;

ni Teodoro la vivió al lado mío...

ni la vivió cerca de nosotros, aquella Mujer que sembró el Dolor y la Muerte, como una simiente de cenizas;

pero;

todos esos seres vivieron;

el Maestro con sus doctrinas...

el Discípulo con sus pasiones...

la Mujer con su Fatalidad...

ese libro, es hecho con fragmentos de dramas, que yo vi vivir, y, engrandecí después, embelleciéndolos...

es hecho, con restos de naufragios de vidas, que el oleaje de la Vida misma, trajo un día hasta mi playa de Escritor...

y, describí el naufragio de las almas.

«Alba Roja», ¿es un libro autobiográfico, como se han empeñado en decir, aquellos que todo lo saben?

no tengo ningún objeto en contradecir, a los que lo saben todo;

las «Rosas de la Tarde», las escribí, siendo Diplomático en Roma, y, por eso hay en sus páginas, esa suntuosidad de salones aristocráticos, y, esa tristeza patricia de los jardines romanos;

¿por qué empeñarse en creer y hacer creer, que yo viví, el amor que allí se vive, llevando para ello la indiscreción más allá de los límites permitidos a la Crónica y, a la Biografía?

¿es que un Escritor no puede pintar sino sus propias tragedias, y nunca las tragedias de los otros?...

para pintar sus propias tragedias no se necesita grande Elocuencia; el temblor de nuestra voz, empapada en lágrimas basta para dársela;

es para pintar las tragedias de los otros,

que necesitamos más Arte y más calor;

porque las tragedias de los otros, no nos cuestan dolor ninguno;

cuando escribí, en Florencia, «Los Parias», un revolucionario americano, ordeñador *pacífico y, profesional, de revoluciones tropicales en New York, creyendo que en la figura central de aquella novela, había yo pintado un adversario suyo, recientemente fracasado en una guerra, me escribió muy quejoso;*

y, cuando supo el hondo desprecio que aquel Héroe Apócrifo, me inspiraba, hizo zalemas de Perdón, y, deshonró la Obra, elogiándola en un periódico suyo;

y, aun en aquella novela absolutamente objetiva, en que el Protagonista sucumbe, y, el Autor, queda vivo, como sucede siempre, se creyó ver en el muerto, perfiles de mi personalidad, algo de mi

Yo, *ese* Yo *exasperante, que desarzona por su continuidad, los más serenos jinetes de las huestes del Anonimato, empeñadas en perseguir con encarnizamiento, los dispersos y bien escasos legionarios del Egotismo, que les presentan combates, con las solas fuerzas de su* Ego, *persistente y consistente, de tal manera poderoso, que termina por fatigarlos, sin haber sido nunca, ni eliminado ni vencido;*

en las tres novelas que forman «El Alma de los lirios», sólo en una, en el «Lirio Blanco», estuvieron de acuerdo los críticos, en no buscar mi Personalidad;

en cambio se empeñaron, en hacerme la figura central del «Lirio Rojo», el Artista corrompido y corruptor, que vive tan extraña vida intensa, que yo vi vivir a otros, en Roma, y ha habido quien mi-

ra con curiosidad mis manos extrañándose de no verlas ardidas por el vitriolo de Eleonora;

y, ¿no ha habido quien ha creído que yo maté de veras mi hijo, por disputarle una hembra, tal como lo describo en la página final del «Lirio Negro»?

pero no todo ha rayado en esos extremos trágicos;

ha sido hilarizante, en ocasiones, ese empeño de hallar posturas de mi Yo, *en el fondo de cada libro mío;*

recuerdo, que hablando una vez de «La Simiente», en uno de esos círculos abigarrados y cosmopolitas, a los cuales es imposible escapar a un Escritor, en París, aun siendo un Solitario insolente y empedernido como yo, una vieja Señora, que tenía por profesiones la Literatura y el Amor, las cuales se aunan casi siem-

pre, en ese encantador bípedo, que se llama, una Mujer de letras, guiñándome los ojos, unos ojos que habían sido bellos, y, eran ya lacrimosos, bovinos y, pesados, apenas visibles entre el hollín del esfumino que los rodeaba, me decía:

—Yo, conocí la Olga, de la «Simiente», ¿verdad, Vargas Vila, que yo la conocí? ¿Se acuerda usted? en el Café François I...

la buena Señora creía, por habérselo oído decir a cretinos de ambos sexos, que aquella novela, era uno de los tantos fragmentos de mi Vida, y que la Heroína de ella era Madame N... una dama muy intelectual, y, muy distinguida, que por esnobismo sensitivo, y deseosa de conocer ciertos medios seudo-literarios, solía acompañarme, por los tiempos en que escribí aquella Novela, a ciertos cafés de la

rive gauche, *a donde concurrían literatos de todo pelaje, más notables en su mayoría, por su pelaje, que por su literatura;*

no me preocupé de sacar del error, a la vieja dama que había cometido, tantos, y, era ya un error de la Naturaleza, y cuyas facultades mnemónicas, comenzaban a debilitarse de tal modo, que había ya olvidado la fecha de su nacimiento, que es lo primero que olvidan las mujeres que envejecen; y, la dejé convencida, de que yo había sido el protagonista de esa Novela, de la cual Madame N... había sido la heroína, y, que hacía largo tiempo, que según el último capítulo de esa Obra, había yo muerto ahogado, en un canal de Venecia;

el cretinismo tiene sus fueros, y, es preciso respetar los fueros del cretinismo;

sin eso ¿qué sería de tantas cosas sagradas y consagradas?...

los personajes primordiales del «Camino del Triunfo», y, «La Conquista de Bizancio», son de tal manera antípodas míos, que no se le ha ocurrido a nadie, verme encarnado en ellos;

esos arrivistas triunfadores, esos Césares larvados, tienen vivos sus modelos, en los medios que he descrito, y, eso me ha librado de que la fantasía literaria, se dé a buscar en mí, el plasmo de esas figuras, y el troquel de esas medallas;

fresca aún la tinta con que fué impresa mi Novela «Los Discípulos de Emaüs», he oído que se dice, que yo soy la figura central, de ese libro de esnobismos literarios, *y que todos mis petronismos, mis dandismos, y, mis estetismos, están vivos*

y palpitantes, en aquel joyel de paradojas, *y, que hasta la admirable carátula de Romero Calvet, reproduce fielmente mi fisonomía y aun el cabuchón de una sortija, que llevo al dedo meñique...*

felicito al amable vespucismo que ha hecho estos descubrimientos, y, le deseo una estatua frente a esa Atlántida virgen, que sus ojos de águila violaron;

nadie me ha descubierto en «Las Viñas Muertas» pero, no faltará, quien leyendo «La demencia de Job», me suponga herido por la lepra, en castigo a mis pecados, y, que son mis propios gritos como los de Philoctetes, los que llenan con su clamor, ese mar de lágrimas, que son las páginas de aquel libro;

ya el eminente don Julio Cejador, que a pesar de tener tantísimo talento, y tan

vasta ilustración cultiva la Crítica, me preguntaba si había en «El Minotauro», algo de autobiografía;

¿por qué el insigne políglota y cienciista hispano, ha creído gestos míos, los gestos del protagonista de aquel libro?...

no sería aventurado asegurar, que por el terrible y, contagioso poder de la leyenda;

lo que sí preveo, y, ya doy como seguro, es, que tanto en el «Minotauro», como en el «Final de un Sueño», y más que todo en «La Ubre de la Loba»—estas dos últimas, apenas salidas de prensa — encontrarán los alquimistas de mi Egotismo, motivos bastantes para asegurar, que Froilán Pradilla, es un Vargas Vila, historiado y redivivo, y, llegarán a creer, como la dama de mi anterior relato, que he

muerto también, sobre la montaña incendiada de aquel último volumen;

me siento fatigado de rebatir estas cosas;

renuncio a ello;

y, llego a mis Novelas-Poemas; «María Magdalena» y, «Salomé»;

soy feliz de creer, que en los personajes más culminantes de estos Poemas, no ha de querer verse como en mis otras novelas, prefiguraciones de mi Yo;

mas, por si acaso, debo hacer constar esto, que no es del todo inverosímil:

que yo, soy posterior a la época del Cristo;

que no lo he conocido, personalmente, y no lo he visto, sino en los emblemas religiosos;

que no me he encontrado con él, en los caminos de Galilea, entre otras razones,

porque yo, no estuve en Galilea, jamás;

que he estrechado la mano de Judas, pero, no en los campos ni en las páginas del Evangelio;

que de María de Magdala, he conocido la encantadora descendencia, pero, no me fué dado, por razones, absolutamente cronológicas, el placer de conocerla a ella;

y, que por todo eso, mi Novela-Poema, «María Magdalena», no es un libro vivido, sino un libro imaginado;

como este mi Poema: «Salomé»;

¿seré creído?

¿tendré necesidad de jurar, que yo, no conocí a Herodes, ni escuché las pláticas del Bautista, ni cortejé la madurez de Herodiada, ni estreché en las mías la mano núbil de la Princesa Salomé?

espero que los cristobalcolónidas de mi

Yo, *no querrán hacer de él, una figura bíblica, confinándome así, desde ahora, a las regiones de la Fábula;*

se lo agradezco de todo corazón;

mille fois merci.

*

Cuando yo hablo en serio, no hablo nunca de la Moral;

tengo el horror de lo grotesco;

yo, no hablo de moral, sino con las gentes que desprecio mucho;

y, con éstas, hablo raramente;

cuando hablo con gentes de talento, suprimo siempre ese tema;

temo hacer ofensa a su inteligencia;

hay en mí, una aristocracia mental, que me prohibe hablar vulgaridades;

por eso, no hablo de la Moral, de mi libro;

yo, he dicho, que el Arte, no es moral, ni inmoral, sino simplemente amoral;

el deber del Arte, no es, servir ni perseguir la Moral: es, ignorarla;

el Arte ignora la Ética;

el Arte, no sabe sino la Estética;

el Arte, no está llamado a decidir si una Obra, es buena, sino si una Obra, es bella;

el deber de un Artista, no es hacer obras buenas, sino obras bellas;

todo lo bello es bueno, y no todo lo bueno es bello;

la Belleza y, no la Moral, es la Norma Eterna del Arte;

la Belleza, es anterior a la Moral;

y, sobre todo, a la Moral Cristiana;

la Belleza existía ya en la Venus desnuda, antes de que la Moral apareciera, para cubrir con un manto judío el es-

plendor inerme de los mármoles sagrados;

la Moral, es obra de los hombres;

la Belleza es Obra de los dioses;

por eso, la Moral es precaria, como los hombres, que la inventaron;

y, la Belleza, es eterna, como los dioses que la crearon;

ahora, en cuanto a los escritores, y especialmente, para los escritores de nuestra raza, la Moral, es más útil que la Belleza;

es un admirable vehículo de triunfo;

tal vez el único;

en España y, en América, la Moral, es todo; la Belleza, es nada, en una Obra de Arte;

la Moral, lleva a todas partes; la Belleza, no lleva a ninguna;

es, por ese sendero de la Moral, que los más audaces matuteros del Renombre han llegado a la celebridad;

caravanas de beocios, llegan todos los días, vencedores y coronados de laureles;

es verdad que se comen esos laureles, a las puertas de las academias, pero, los obtienen...

otros, entran al severo establo, y, juran sobre el Diccionario abierto, no escribir sino cosas morales;

y, lo cumplen;

bohemios impenitentes, se hacen moralistas graves, convencidos de la gravedad de la Moral...

y, nos dan esas novelas de camomila, y de literatura sedante, que hacen el encanto de las viejas damas, que olvidaron un poco la Moral, y vuelven a acordarla

en esos libros, y calman los nervios de las jóvenes sentimentales, a quienes los excesos de Moral se los exasperan terriblemente;

y vemos esos libros de mayólica sevillana, ornados de motivos religiosos, con su estilo y sus coloraciones de vajilla, triunfar en las comidas literarias de las condesas letradas, y, de algunos académicos que entienden algo de letras;

y, vemos cómo ante esos escritores hechos súbita y furentemente moralistas, se abren las puertas, no ya de las Academias sino de los Bancos, por los cuales cambian los bancos de la Academia, haciéndonos ver el cambio consolador de esos hombres de letras girando letras de cambio;

la Moral, es un antídoto contra el Hambre, y, en una Literatura en que el Ham-

bre es endémica, y, hace en ciertas épocas, estragos de epidemia, ¿por qué extrañar que casi todos, se refugien en la Moral, para salvarse del Hambre?

ése es un principio de Moral, que asegura otro principio: el de la Mesa;

así se salvan los principios...

por la Moral...

cierta dramaturgia de biberón y harina lacteada, hoy tan en boga; ¿a qué debe su vida?

a la Moral;

una moral para nodrizas y soldados pintureros, que les cantan cerca a los niños dormidos, la «Canción de Cuna»...

Moral dominical, Moral de merendero y parques públicos, pero en fin una Moral, productiva, como todas las morales;

hay también cenáculos de Moral, de los cuales toda Moral, está ausente...

pero, es en ellos, que se escriben los mejores dramas y libros de Moral;

éstos triunfan estrepitosamente;

todo el Arte, de un libro de Moral, está en la carátula;

es la hoja de parra que cubre la desnudez mental de la Obra;

esa carátula no es nunca artística;

pero, es, siempre moral;

eso atrae enormemente al Público;

el Público es siempre moral;

es moral por profesión;

nada detesta tanto el Público, como las obras y los grabados inmorales;

tiene el horror de verse reproducido...

no leemos sino para escapar de nosotros mismos, evadirnos de nuestro Yo, ver almas distintas de nuestra propia alma...

por eso busca el Público las obras morales...

las otras...

ésas... no le interesan...

le basta con leer en su propio corazón...

*

Yo, detesto la Pornografía, tanto como la Hipocresía;

ni las escribo, ni las leo;

la Pornografía está fuera del Arte, como la Hipocresía está fuera de la Virtud;

la Pornografía, es a la Literatura, lo que la sífilis a la Naturaleza humana;

aislarla es un deber...

la Belleza es la condición inherente a toda Obra de Arte;

un soplo de pureza, fuera de todos los convencionalismos éticos, debe animar la

Obra de Arte, como una insuflación de Vida Ideal;

belleza en el gesto, belleza en la expresión;

la Vulgaridad, es una forma de la Fealdad, y, está por completo, fuera y lejos del Arte;

yo temo al contagio de la Vulgaridad, más que a todos los contagios;

por eso soy un Solitario...

por eso vivo en la torre de marfil de mi Soledad, cerrados sus ventanales a todo soplo de Vulgaridad; en una atmósfera de Arte puro y de Alta Idealidad;

cerradas están mis puertas a los hombres y, a los libros vulgares;

ni trato los unos, ni leo los otros;

temo contaminarme a su contacto;

además;

después de haber agotado en mi juven-

tud, todas las lecturas, leo ahora muy poco...

me he impuesto una gran selección de alimento mental;

leo con sibaritismo, con refinamiento;

los poetas me seducen enormemente;

los leo con encanto y avidez...

¿será eso una señal de debilidad?

no lo creo, porque justamente en estos últimos meses, acabo de publicar las novelas más fuertes y más trascendentales, de mi larga y copiosa Obra de novelador, y libros políticos de una recia y potente envergadura;

obras de madurez que todos hallan pletóricas de Fuerza;

¿por qué pues, en la tarde de la Vida, me he puesto a amar tan locamente los versos?...

¿es el contacto con todos los crepúsculos, de la Vida y de la Muerte lo que hace mi alma tan extrañamente soñadora y lírica?

El Otoño es una estación muy bella, en la Naturaleza y en la Vida...

estación opulenta y romántica, de follajes de oro y cielos de púrpura, en que se ven morir las últimas rosas, y se acarician los últimos ensueños...

en esta hora crepuscular de la Vida, yo siento nacer nuevas alas a mi corazón...

y, en la Impenetrable soledad en que vivo, hay horas en que extrañas músicas, suenan en mi espíritu, y, le musitan románticas cosas...

en esas horas líricas, escribo poemas;

como éste;

y, entrego a la princesa Salomé, a las caricias del Profeta;

para que ponga los labios elocuentes, sobre los senos desnudos...

armoniosamente...

rítmicamente...

como cabe a la pompa musical de un Poema Lírico...

VARGAS VILA.

SALOMÉ

Sobre el jardín inmenso, pesadumbre de cielos que eran de oro, y, son ceniza;

una paz luminosa, que hipnotiza, el paisaje en su casta mansedumbre;

la servidumbre de las nubes, las esclavas del viento, las hace dispersarse, en vuelo lento...

viéndolas, se diría, la jauría de Diana, persiguiendo al sol agonizante;

el viejo león vencido, no se humilla, y, muere oculto en los zarzales de oro de la tarde;

la traílla rompida, la jauría cobarde se dispersa, huye, se evapora...

y, el cielo se colora de un azul de añil, trasparente, sutil, como el que tiñe el Seno de la Aurora...

tarde maravillosa, de un divino moaré de índigo y rosa, que se extiende, se esfuma, serpentea, envolviendo en su suave caricia, la delicia, de los valles, los montes, los tranquilos y tersos horizontes de las amables tierras galileas;

la Primavera, arroja el tesoro, de sus trojes de oro, en los graneros de los llanos próvidos, como una lluvia de espigas luminosas;

en los rosales plácidos, las rosas, portentosas, parecían enamoradas de sí mismas, absortas en su autocontemplación;

en las marismas cercanas, los oquedales, taciturnos, se reflejan en los cristales de las aguas palúdicas;

las coloraciones anémicas de los narcizos, fingen frisos de talco, sobre los muros, verde-obscuros, de los jardines;

el oricalco de los jazmines, se une al

terciopelo de los geráneos, en un cántico de colores subitáneos, en una gama vesperal, donde tiembla el alma musical de la hora, extraña y soñadora;

ritmos tiernos, ritmos suaves, como de alas de aves, palpitantes de olores;

los ardores muertos del día, se hacen caricias tiernas, caricias inquietas, que caen sobre las violetas, las vírgenes eternas, que emergen de la sombra, la tristeza de su casta belleza de sacrificio, sobre la alfombra de grama;

el propicio reflejo de la llama del Sol agonizante, hace rutilante, la veste de la Tarde, en el crepúsculo magnífico;

el trabajo trágico de la Noche por nacer, hace estremecer el corazón del Silencio;

como un incienso, la voz de la tierra sube al espacio;

muy despacio...

muy despacio...

en la calma anímica, de la hora anacreóntica;
con vuelo letárgico...
sobre los jardines exóticos;
y, los estanques profundos;
donde yacen hieráticos, los cisnes meditabundos.

*

En el azul invasor de la Noche luminosa, la terraza toda blanca, ostentaba en el Silencio la insolencia de sus mármoles;

columnatas atrevidas, llenas de una gracia helénica y florecidas de acantos;

estatuas que parecían flores, en su desnudez olímpica...

pórticos maravillosos extendiéndose hasta perderse de vista;

en los intercolumnios, grandes vasos de alabastro, con nardos de Arabia, y, jazmines de Trebisonda, sabiamente enlazados a la columnata...

bajo esos festones, en grandes recipientes de mayólica, palmeras enanas de Li-

bia, gráciles, con sus copas en forma de parasol;

ibis de ágata en posición estilita, cerca a un vivero de cristal, en que peces diminutos, lucían sus escamas multicolores, entre las algas verdosas;

enormes leones de pórfiro, abriendo fauces rojas al pie de las escalinatas;

pebeteros de plata repletos de perfumes;

sobre tapices de Persia, y cojines de Esmirna, la Tetrarquesa reposa;

un grupo de esclavas la rodea;

dos de ellas, casi niñas, le dan aire, con grandes abanicos de plumas multicolores, y, en cuyas extremidades centellean piedras raras;

una joven siria con una arpa en la mano arranca sonidos maravillosos al instrumento;

un siervo adolescente, la acompaña con un canto monótono y triste;

las esclavas hacen coro;

la Soberana se hastía;

y, mira, más allá del barandaje, florecido de enredaderas, el patio aún luminoso, y, la línea obscura de las verjas, tras de las cuales se extienden los jardines umbríos;

al pie de la Terraza, inmóviles, hieráticos, los centinelas;

más allá, los oficiales hacen grupos y, charlan entre sí, levantando a veces los ojos temerosos, hacia el sitio, donde tras de los estores y, el ramaje, adivinan, más que ven, la figura inmóvil de Herodiada;

se miran sin nombrarla;

aquel nombre atrae el Mal, como los ojos del basilisco;

la llaman: la Pantera de Judea;

ella, no tiene entrañas; no tiene sino vientre; bajo vientre;

su amor mata, como el rencor de un áspid;

los oficiales jóvenes, evitan su encuen-

tro, y, tiemblan a la idea de ser preferidos por ella;

su beso, es, una sentencia de muerte;

ningún hombre ha sobrevivido veinticuatro horas a su abrazo;

una noche de Amor, y, después... la muerte...

de su lecho, al Sepulcro;

asfixiados o degollados por los eunucos, precipitados de los muros, o arrojados vivos en los fosos...

pero, siempre desaparecidos;

las leyendas crecen desmesuradamente, y, no llegan sin embargo a la realidad;

las familias de la nobleza, guardan luto, por sus más bellos mancebos devorados por la tigre imperial;

las madres, con los ojos llenos de lágrimas, ven pasar la litera de aquella, que les arrebató sus hijos, y, la colman de maldiciones;

los niños, sin saber la magnitud del peligro, aun lejano para ellos, huyen, cuan-

do la litera pasa, y, se refugian en el seno de sus madres, obscuramente contagiados, por el horror de éstas;

las vírgenes, soñadoras en sus jardines, o en lo alto de sus terrados, vuelven púdicas los ojos, para no ver aquella viva imagen del Vicio, llevada en hombros por sus esclavos, algunos de los cuales morirán tal vez de sus caricias;

aquella hermosa bestia carnicera, ha sembrado la Muerte, y, sin embargo, ha dado la Vida;

de su primer marido, hermano del Tetrarca, y, asesinado por orden suya, tuvo a Salomé, la bella Princesa blonda, que es el encanto de Herodes, y, llena con los resplandores de su belleza núbil, aquel Palacio del Crimen;

de Amosthador, un capitán persa, que había sido jefe de su guardia, y, había muerto como todos sus amantes, había tenido un hijo, que era hoy un bello mancebo al cual ocultando su origen había

educado cerca de ella, y, era ahora oficial de su escolta, y respondía al armonioso nombre de Arabelus;

y, lo veía en ese momento desde la Terraza, hablar y, gesticular, en un corro de oficiales, con candideces de niño y esbelteces de felino joven;

la tigre, se conmovía, a la vista de su hijo;

era tan bello, que a veces lo había deseado;

alto, delgado, flexible, como un nínfeo crecido cerca a los lagos de Bethania; la cutis pálida, con una palidez de camelia, pero ligeramente bronceada, como cutis oriental; los ojos azules, de un azul obscuro de esmalte, que la sombra de las pestañas, muy espesas, hacía negros; la cabellera profusa ensortijada, de un color de miel, y, la barba del mismo tinte, apenas naciente dando una sombra de oro, sobre los labios carmíneos, y, el mate aterciopelado de las mejillas.

Herodiada se sentía enferma de ternura, por ese hijo, del cual, no había tenido el valor de separarse nunca;

confiado a nodrizas y, sirvientes, había crecido bajo sus ojos, en un pabellón, cercano a su Palacio, para evitar las violencias de Herodes que no amaba ese niño, el cual le arrebataba en parte, el cariño de aquella, que había arrancado del lecho de su hermano, para sentarla en el trono de Judea;

en cambio, Herodes, adoraba a Salomé, locamente, perdidamente;

la Princesa, era la luz de sus ojos y la música de sus oídos;

sólo ella, tenía el privilegio de disipar las nubes de la frente imperial, y, hacer sonreír los belfos flácidos, de aquel ebrio triste, consumido por el hastío;

la Princesa, era bella, de una de esas bellezas inolvidables, e infinitas como los sueños;

una de esas bellezas que tienen el atrac-

tivo de un bello mar y de un profundo abismo, y, parecen destinadas desde la cuna, a marcar el Destino de los hombres;

blanca, con una blancura de jazmín y, venas violescentes de anilina; rubia, de un rubio cambiante, como de espigas reflejadas en el agua; los ojos azules, de un azul duro de malaquita, tan claros, que a veces parecían grises, estriados de rayas negras, a la sombra de las pestañas largas y, pesadas, como la sombra de una arboleda, sobre un largo camino; un candor mentiroso en las pupilas, y, en la sonrisa de los labios delgados, que parecían una huella de sangre, sobre la nieve de los dientes, menudos, como los dientes de un niño;

el misterio de las formas, aun vagamente imprecisas, como la promesa de una aurora, que va a entrar en pleno día; hacía doblemente deseable, aquel cuerpo, que la adolescencia recién ida y la puber-

tad, apenas llegada, coronaba con los prestigios de las cosas invioladas.

Herodiada, no amaba la belleza de su hija, esa belleza inquietante, que acaso en ese momento, acariciadora y locuaz, arrancaba a la debilidad del Tetrarca, alguna nueva gracia, algún dije costoso, para adornar su belleza alborescente;

y, miraba con gran ternura la belleza de su hijo, que en el círculo de oficiales, conversaba y, reía dejando ver bajo el bozo escaso, unos dientes blancos y afilados de joven chacal;

¿a quién se parecía así, con sus melenas ensortijadas, su naciente barba broncínea que le doraba el rostro, y, sus extraños ojos azules de una dulzura infinita de crepúsculo?

¡ah! ya recordaba ella, la Tetrarquesa, orgullosa y, ofendida al de quien, se parecía el rostro de su hijo;

era la exacta reproducción del rostro del más cruel y, más implacable de sus

enemigos, aquel a quien no ha podido vencer, aquel a quien no ha podido desarmar: a Johanam; al Profeta, que ha levantado tribuna contra ella, acusándola de todas las iniquidades, y, anunciándole todos los castigos.

a Johanam, a quien las multitudes llaman: el Bautista, porque arroja agua sobre la cabeza de los conversos, diciéndoles palabras misteriosas y, predica anunciando la venida de un dios, sobre la Tierra, un nuevo reinado de Justicia y de Amor, entre los hombres, y, auroras desconocidas que van a despuntar sobre los cielos;

un loco elocuente y audaz, que dice cosas terribles contra ella, y, a quien su solo nombre, tiene el poder de exasperar;

llevada por una curiosidad malsana, ella había ido a oírlo, con la intención de imponérsele y dominarlo con la mirada de esos ojos que habían rendido a tantos hombres;

su presencia había exasperado al Profeta, casi hasta la locura;

sus anatemas habían vibrado sobre la litera real, y se habían cernido sobre su cabeza como nubes de pájaros coléricos, prontos a devorarla;

y ella había gozado con este huracán de injurias, porque salían de una boca tan bella;...

había reído oyéndolo;

y sus esclavos habían reído;

este desprecio había indignado la turba harapienta que seguía al Profeta, la cual había rodeado la litera en actitud amenazante;

sus guardias, la habían dispersado a golpes de vergas, y la turba había huído aullante y cobarde;

pero, el Profeta, no había cesado en sus gritos y en sus vociferaciones;

encarándose con ella, la había llamado: «Hija de Sodoma»; «loba de Eboim», «zorra de los zarzales de Güibbá»;

últimamente, en su misma ciudad, había apostrofado su incesto, y, la había apellidado: «Vergüenza de Israel», «Tigre Imperial», «Serpiente deslizada bajo la púrpura»;

¡cómo era bello, bajo esos ademanes indignados!...

ella lo había deseado; ella, lo deseaba aún con una pasión loca y morbosa;

pero, los emisarios, que había enviado para apaciguarlo, para desarmarlo habían vuelto vencidos;

esa resistencia soberbia, ese orgullo invencible, lo hacían más bello a sus ojos;

las multitudes que adoctrinaba, habían temido por él, y, hacían esfuerzos para salvarlo, poniéndolo fuera del alcance de sus manos, abriéndole el desierto, como campo a sus predicaciones;

para impedir ese viaje, que iba a llevarlo lejos, ella había pedido al Tetrarca, la prisión del Profeta;

y, ya lo había mandado prender;

ahora, ya, sería suyo;

lo gozaría antes de matarlo;

ése era su sueño;

rendir aquella cabeza rebelde antes de cortarla;

apretarla, como una margarita de oro, contra su corazón;

sentir sobre su cuerpo de leona insaciable, aquel cuerpo juvenil, flébil y blanco;

besar aquella boca rencorosa, que la insultaba;

desgreñar con sus manos, al acariciarla, aquella cabeza ensortijada, cuyos bucles parecían pequeñas sierpes de acero, rodeando el rostro de un ídolo de bronce;

extraerle el jugo de la Vida, antes de darle el brebaje de la Muerte;

ceñirle el cuello con los brazos, antes de que lo cercenase la cuchilla del verdugo;

ése era todo su anhelo;

y, de ese anhelo, estaba inquieta y agi-

tada, como una agua fangosa, que mueve un viento letal;

los emisarios que debían prender al Profeta habían marchado en la mañana, y, debían volver esa tarde con él;

y, ella esperaba ese momento, como si viese llegar la hora de una cita, con un ser muy amado;

había sido muy ruda su tarea para arrancar esa cabeza a la voluntad obstinada del Tetrarca que no quería darla;

era supersticioso y, creía que matar a los profetas, atrae el mal;

profesaba la teoría de que son locos sagrados, que es preciso respetar;

a veces los dioses hablan por su boca;

¡ ay de aquel que apaga la palabra del dios, en la boca del Oráculo!...

al fin el vino y, el halago lo vencieron, y, concedió la cabeza del Profeta...

y, ella, esperaba la llegada del prisionero, deseosa de beber la luz en la copa de esos ojos azules, que la miraban con

cólera, y, ver el arco rojo de esos labios de los cuales salían palabras locas contra ella...

real adoratriz de la invectiva, cuando venía de una boca deseada, ella amaba y, esperaba aquella voz, que aun así violenta, era como una música suave, hecha para calmar la hiperestesia de sus nervios;

ella no miraba de esa boca, sino el rojo vivaz y los dientes blancos que eran como un hilo de perlas, en un joyel de seda carmesí;

¿qué le importaba que esa boca fuera ahora reja abierta de un halconar de donde volaban los halcones enfurecidos del insulto, si mañana sería puerta abierta de un palomar, de donde volarían las palomas domésticas del beso?...

y, ese ensueño, engrandecía, en su cerebro, creador de absolutas emociones;...

y, parecía arrastrarse como una onda acariciadora sobre la tersura de los már-

moles y, el sueño hermano de las flores, y tomar consistencia, sobre el altar de la tarde agonizante, en el corazón sagrado del Misterio;

y, su cuerpo temblaba al recuerdo de las voluptuosidades difuntas, evocadas y, avivadas, por el deseo de las voluptuosidades futuras que habían de darle las manos y los labios del Profeta;

que ya venía hacia ella;

encadenado...

como un joven león, destinado a servidumbre...

y, temblaba, como si sintiese ya, las manos sabias del Profeta, recorriendo sus carnes desnudas, arrancándoles notas de placer como a un clavicordio virgen, y sumiéndola en embriagueces inesperadas de placer...

tan absorta estaba en ese sueño de su carne ávida, que no se había apercibido que la sierva continuaba en cantar a me-

dia voz al lado suyo, y, el niño en hacerle coro;

alzó una mano agobiada de sortijas, con el puño cautivo en amuletos, y, dijo, imperativa:

—Basta;

el sonido de tu guzla, y el ruido de esas voces me hacen mal;

¡cómo son tristes tu música y tu canto!

—Señora—dijo la esclava—, os cantaba, la más bella canción de amor, que hay en Judea, la de la Princesa hebrea, que escapó con un pastor...

—Y...

—Y, su cuerpo yerto, que hallado ya muerto, en el mismo huerto, que miró su amor...

—¿Quién muerte la dió?

—El mismo a quien amó; el pastor trovero, que cantóle amores, bajo el limonero cubierto de flores.

—Guárdate tu cuento, con su triste suerte, que yo, oír no quiero historias de muerte;... sólo cosas bellas me complace oír.

—Sin embargo:.. dicen, que alguien va a morir...

que hay en las estrellas, muy tristes presagios...

y, hay rumores vagos, sobre el porvenir...

se habla de un cometa que cruzó el espacio;

se habla de un Profeta que vendrá al Palacio, para traer la Muerte y, el Dolor a él...

—¿Qué lengua de infiel dijo esas consejas?

gritos de cornejas sobre el palomar;

nada pueden ellos contra mi ventura;

tengo la bravura de una águila real...

canta algo que sea, más bello que aquello que ahora cantabas;

vosotras, esclavas, seguid la canción ;...

... ...

hubo ruido como de vuelos, se agitaron los velos de las esclavas, y, la suave voz de la cantora, dijo con una voz muy suave como el trinar de una ave cobarde temblando ante la sombra de la Tarde ;

«había en un Palacio Real ;

un rosal ;

y, en el rosal una rosa ;

tan hermosa, en su candor ;

que mirándola tan bella, se diría una estrella convertida en una flor ;

y, cerca a la rosa había, un botón que se entreabría, tan bello como el amor ;

vino la tarde sombría...

la rosa languidecía en su belleza octubral...

y, el botón blanco se abría en una rosa triunfal...

pasó cantando un Poeta, muy cerca al blanco rosal, posó su mirada inquieta, en

las rosas blanco y oro, buscando un ritmo sonoro con que hacer un madrigal;...

miró la rosa otoñal junto a la rosa de Abril;

aspiró el aire sutil de los jardines en flor, y, tendió manos de Amor, hacia la rosa nubil...

la arrancó, como si arrancara un astro del alto cielo sonoro...

sus pétalos de alabastro y, su corola de oro, apretó contra los labios...

quedó suspirando agravios el rosal;

la bella rosa otoñal quedó temblando de celo;

y, rodaron sobre el suelo sus pétalos sin olor...

el viento los va llevando;

mientras se aleja cantando, el Poeta con su flor...»

taciturna y, feroz, Herodiada hace señas a un eunuco de los que guardan las esclavas, y, mostrándole la cantadora, le dice...

—Entregad esa bruja al beluario, para que alimente los leones;

y, degollad ese niño;

todo aquel que diga apólogos, u oráculos contra mí, debe morir;

el grupo de condenados se aleja;

las esclavas enmudecen temblando.

Herodiada, entrecierra los ojos coléricos sobre la faz inmutable;

el antimonio que los circuye, los hace aparecer más profundos, como una caverna muy honda, donde durmieran áspides fatales;

es bella aún, con una belleza declinante y, soberbia, llena de prestigios carnales;

la garganta columnaria, posada sobre el zócalo de un pecho exuberante, hecho para lactar rebaños de leones;

las caderas opimas, montañas de sensualidad, hechas para atraer sobre ellas, el rayo de las más brutales caricias;

los brazos y, las piernas, estatuarias,

de una estatuaria calipigia y, monumental;

los labios carnosos y fatigados; teñidos de carmín;

bella y, feroz como una fiera opulenta.

*

Ruido de armas;
los soldados se ponen en pie;
los centinelas de la Terraza, alzan en alto las lanzas, cerca a la puerta central;
se oye el ruido de las alabardas contra el suelo, y el toque de un clarín;
alguien de la familia real, llega;
erguida y, esbelta, como una corza de cristal en una montaña de mármoles;
bajo los pórticos y entre las columnatas;
blanca, como hecha de pulpa de lirios y esencia de benjuí;
los ojos luminosos, de un azul invernal, pálido y frío, apenas visibles bajo la

espesura de las pestañas, como dos violetas ajadas, entre el ocre de un zarzal en estío;

la boca larga y, sensual, de labios imperiosos y, húmedos, hechos más rojos por el hábito de morderlos, que deja ver los dientes largos y fuertes, de animal carnicero;

las formas gráciles, cuasi impúberes, de una admirable pureza de líneas, y, un ritmo suave de ondas;

la cabellera rubia, de un rubio obscuro cuasi castaño brillando al sol, con un fulgor amatista y, cayéndole sobre las espaldas, como un manto de topacios;

vestida con una túnica transparente color de jacinto sujeta en los hombros por dos berilos coruscantes, ceñida a la cintura por una estola moaré, franjada de oro, y abierta de un lado hasta la rodilla, para dejar ver los hilos de perlas finas, que atando las sandalias, contornean la pierna fina y nerviosa, ligeramente orna-

da de un vello de oro, la Princesa Salomé aparece en el pórtico de las habitaciones imperiales, desciende las amplias gradas de mármol, y, baja a la terraza;

inclina la cabeza a los honores de la guardia;

sonríe al jefe de ella;

acaricia un enano egipcio, que haciendo volteretas sobre un tapiz, ha venido rodando hasta sus pies;

y, acercándose al lecho de cojines en que está su madre, se inclina para besarle la mano.

Herodiada se la da con displicencia;

nunca beso más frío fué dado sobre la mano de una madre;

esclavas presurosas, tienden cojines carmesíes a los pies de la Tetrarquesa;

la Princesa, se reclina en ellos, formando un ángulo recto con el cuerpo de su madre;

desnudos el seno y los brazos sin el bri-

llo de una joya; sólo un amuleto de coral, ciñe el pulso derecho;

bajo la frente pensativa, que diadema el oro obscuro de los cabellos, sus ojos soñadores semejan aguas claras, dormidas bajo la luna.

Herodiada, hierática, majestuosa, en su actitud de ídolo que le es habitual, mira a su hija con ojos entrecerrados de fiera somnolienta;

nada más impertinente y burlonamente hostil, que la sonrisa de Salomé, que sabiendo cuánto contraría a su madre, su presencia allí, en aquella hora, goza en exasperar aquella contrariedad;

virgen, como el sueño del alba, hay sin embargo en ella, algo de impúdicamente provocador, como en una bacante de mármol, extendiendo sus formas blancas en los jardines del Silencio;

se diría, la Prometida del Crepúsculo, pronta a ser desflorada por él;

con una voz velada y, lenta, suave, pe-

ro ya sin musicalidades femeniles, la Tetrarquesa, para hablar de algo, preguntó a su hija:

—Y, ¿tu padre? ¿no baja hoy a los jardines? ¿ha ido a la fiesta de los pretorianos?

la Princesa, con una voz límpida y, clara, como de fuente, que baja al valle, voz llena, de armonías adolescentes, dijo lentamente, como gozando en sentir caer sus palabras, en la calma cristalina y estremecida de la hora:

—Mi Padre... hace tanto tiempo que bajó al sepulcro... ¿cómo podría bajar a los jardines?; los muertos no conocen otras fiestas que la Fiesta del Reposo; y... la del Olvido.

—Tu padre, hoy, es el Tetrarca;

él, te ama como a una hija;

él, te ha adoptado para sucederlo en el trono;

por él, eres Princesa de Judea;

y, es por él, que yo te pregunto—dijo

Herodiada, con voz imperiosa, en que había un ligero temblor de cólera.

—Mi Padre actual—dijo con voz y sonrisa igualmente impertinentes la Princesa—duerme, soñando con los viñedos de Seboim, de los cuales, anoche apuró hasta tan tarde, el jugo delicioso; eso le impedirá venir a presenciar la llegada del Profeta...

—¡Qué Profeta?

—Johanam;

¿acaso es un secreto para nadie, en Palacio, que habéis obtenido del Tetrarca, la cabeza del Profeta; que emisarios han partido para traerlo; que llegará aquí, antes de la noche; que será encerrado dentro de esa cisterna, que está en el centro del patio; y, ejecutado antes del tercer día, según ordena la ley, y, su cabeza os será presentada, en un azafate de plata a la hora del festín?

—Sabes demasiado, Princesa.

—Yo, sé que saber demasiado es peli-

groso en este Palacio, pero... ¿qué queréis?... yo amo el peligro—e incorporándose sobre la seda de los cojines, queda apoyada en el brazo, y, acercando el rostro al de su madre, le dice con una voz mimosa y, una sonrisa, que parece un puñal apretado entre los dientes—; ¿sabéis que yo también tengo una gracia que pedir al Tetrarca?...

—¿Cuál?—dice Herodiada, ya temblorosa de incertidumbre y, de cólera...

—La cabeza del Bautista; sí; quiero que después de haberos sido ofrecida, en la bandeja de plata, me sea entregada a mí, y, en vez de ser arrojada, con su cuerpo, al *spolarium;* el Tetrarca me regale la cabeza del Bautista; yo, quiero poseer la cabeza del Bautista...

—¿Tú?

—Sí; yo sé de un esclavo egipcio, que petrifica los cadáveres; yo, le daré esa cabeza para momificarla, le haré extraer los sesos y los ojos; pondré en sus cuen-

cas, como pupilas, dos zafiros luminosos, y, con los labios, pintados con bermellón de Arabia que no se borra nunca, y, los cabellos perfumados con esencias de Oriente, yo, pondré esa cabeza en un velador cercano a mi lecho, para besar en las noches, la cabeza del Bautista, y, dormir con la cabeza helada del Bautista sobre mi corazón...

Herodiada, se incorpora también; mira a su hija con horror, y, retira un poco el busto opulento, como espantada, de aquel pavoroso sueño de histeria.

Salomé, avanza aún más hacia su madre, mirándola fijamente en los ojos, y, como si le insuflara las palabras irritantes, le dice entrecerrando los párpados, cual si viese la cabeza del Profeta real y, tangible ante ella :...

—¡Cómo es bello el Profeta!... ¿no es verdad que es muy bello el Profeta?...

y, su voz se hace grave, cálida, estreme-

cida, como si volara en pos de su ensueño, en marcha lenta sobre el azur...

Herodiada, domina su emoción; hace esfuerzo por permanecer impasible en su actitud de divinidad, y, dice, con esa voz que parece salir de entre los labios de una estatua:

—¿Conoces tú al Profeta? ¿has visto alguna vez al Profeta?

—Sí—dice la Princesa, hecha soñadora, replegándose sobre sí misma, como si viese la divina visión surgir en la hora, tierna, cual si se inclinase a la orilla de un pozo, lleno de un azul radioso de infinito—: Sí; era una tarde magnífica de luz; de lo alto de un mirador, yo contemplaba el horizonte rojo y lapizlázuli, de los techos de Sión; sentí ruido abajo, hacia la calle asoleada, llena de rumores; la Muchedumbre hacía círculo, en torno de un hombre, que hablaba suavemente y con ternura;

en esa bahía de luz, roja de sol, su figu-

ra blanca, emergía como del fondo de una hoguera;

sus brazos, se abrían y, se cerraban como alas cariñosas de Misericordia;

la brisa agitaba los bucles de su cabellera castaña, del color de las hojas de las moreras en Octubre...

su voz subía en el espacio como una melopea y, llegaba hasta mí;

hablaba cosas cándidas de Fe, de Fraternidad, fábulas de un Amor vago y divino;

la sinfonía de las palabras se multiplicaba y se dispersaba, como un vuelo de abejas, en un paisaje claro;

para oírlas mejor, aparté la cortina de mimbres y, asomé la cabeza;

mi cabellera impulsada por el viento, cayó hacia afuera;

el sol brillando en ella, me denunció;

la Multitud alzó a mirar;

el Profeta, también;

viendo a una mujer asomada en una

ventana de los aposentos reales, creyó que erais vos, que era la Reina, y, extendió sus manos hacia mí, gritando :

—«Pantera del Crimen, Hembra de Perdición, Vergüenza y castigo de Judea ; la hora de tu castigo se aproxima ; tu corona y tu manto te devorarán como una llama ; tíralos lejos de ti ; ciñe tus riñones con el saco del penitente, cubre tus carnes, con la túnica de los arrepentidos, y, ve al encuentro de aquel que ha venido ya, para perdonar los pecados del mundo ; sólo él podrá perdonar los tuyos» ;

encantada por esas palabras, como si fuesen un perfume, porque es delicioso oír el insulto, cuando se está habituado a no oír sino la adulación en torno suyo, aparté por completo la cortina y avancé hacia afuera el busto y, la cabeza ;

al verme, la Multitud dijo : — «No es Herodiada, es la Princesa Salomé ; ¡ qué bella es la Princesa Salomé !... y, todos

los labios repitieron; ¡qué bella es la Princesa Salomé!...

el Profeta no se desarmó, sus ojos, fulguraban de rencor, y, mostrándome con el índice, me apostrofaba como queriendo fulminarme con sus palabras; y gritaba:

—«Hija del Fratricidio, flor de Adulterio; hembra de Perdición, como tu madre; lirio del Vicio, no tocado todavía; azucena venenosa; ve a tu madre; ve y dile, que ha llegado la hora del arrepentimiento y del castigo, que deje ese trono del Crimen, y, ese lecho del Adulterio y del Incesto, que se cubra de lágrimas y de cenizas, y vaya en busca del Redentor; porque está cercano el día de la destrucción del Templo y de Judea; que el Pueblo de Dios, será dispersado en castigo de sus crímenes; y, ella será la loba que ha devorado el rebaño de Israel»;

encantada y absorta, yo, lo devoraba con las miradas;

¡era tan bello, en su palidez de nardo y, sus ojos de miosotis!... con el rubio broncineo de su barba y el castaño ocre de su cabellera, y, el temblor de sus labios irritados, rojos, como dos fresas en vino...

y, yo le sonreía;

indignado de mi actitud vociferaba:

—«Tú serás una hembra de Maldición y de Fatalidad, como tu madre; tus ojos perturbarán el mundo y perderán los hombres; lobezna imperial; quítate de ahí»;

entonces, por toda respuesta y, para exasperarlo, le envié un beso, en el extremo de mis dedos;

furioso, se abalanzó hacia la ventana, con las manos tendidas hacia arriba, como para estrangularme vociferaba:...

—«Rosa de los rosales de Sodoma, nardo de los jardines de Zo-har, devorada serás por el Abismo que se abre bajo tus raíces infecundas, arcángel de perdición,

hermano de Luzbel, tus alas serán cortadas y arrojadas al fuego eterno y, nadie recogerá sus cenizas miserables» ;

y, luego, como si hubiese visto algo, moverse verdaderamente bajo sus pies, dijo :

—Serpiente de oro ; un día, un Hombre la de partirte en dos, cortándote la cabeza ; ¡ ay ! después de haber sido mordido por ti ;

la profecía me hizo gracia, y, atacada de un loco reír, le batí palmas con las manos, y, le grité :

—¡ Bravo, Johanam ! ¡ bravo ! y, le envié uno y otro beso, en la punta de mis dedos ;

desesperado, volvió la espalda, se cubrió la cabeza con el manto, y, se alejó apresuradamente gritando...

—¡ Ay de ti ! ; ¡ ay de tu madre ! ¡ ay de Jerusalén ! ;

y, sus gritos, y su figura se perdieron, en la Noche naciente, en la caricia lunar,

que besaba las torres de la ciudad y acariciaba el valle, ebrio de soledad;

y, esa noche, soñé con el Profeta; besando su boca sin blasfemias, estrechando contra mi corazón, su cabeza que parecía embalsamada de claridades, rubia como el himen de oro de una estrella.

Herodiada, que en la actitud, de una tigre en celo, pronta a zarpar, oye;

intenta hablar, pero un rumor lejano, que llega hasta ellas, le corta la palabra;

se oyen gritos de multitud;... como olas de mar en un despertar lejano;...

ruido de armas de las guardias que forman; en el patio y a las puertas de la entrada;

los goznes de la gran puerta del Palacio, que da sobre la Plaza, rechinan;

las hojas de bronce giran y se abren;

un rumor confuso de voces humanas, se mezcla, al de los aceros de las lanzas y de las espadas;

la Reina y su hija, se ponen en pie y avanzan hacia la balaustrada; seguidas de sus esclavas;

se acodan sobre el barandal, que perfuman parásitas trepadoras, acariciándolas con las ternuras de su terciopelo vegetal;

un largo estremecimiento, sacude las corolas blancas, que ruedan miedosamente hacia el jardín;

allá, al frente, por la gran puerta abierta, se ve el oleaje de una multitud compacta y rumorosa;

bajo la blanca arcada del Pórtico dos c nturiones aparecen, trayendo a un hombre atado;

un grupo de caballería los sigue, aislándolos del populacho, que rumorea amenazante;

el prisionero y los centuriones avanzan hacia la mitad del patio;

la Multitud se arremolinea y, aúlla afuera...

la gran puerta de hierro se cierra con estrépito;

ya no se ve la Multitud, y, apenas si se la oye, como un mar muy lejano;

el prisionero avanza entre sus guardianes;

llegado a mitad del patio, mira hacia la balaustrada de la Terraza, y, ve a la Tetrarquesa y a su hija;

un rayo de furor brilla en sus ojos; se enarcan las cejas violentas, bajo la frente voluntariosa; palidece, un rictus de desprecio crispa sus labios; las manos, encadenadas tiemblan; como las palabras que salen convulsas de su boca divulgadora:

—¿Qué me queréis?—dice—; yo soy la Verdad, y, la Verdad, ni se aprisiona, ni se mata; yo, soy aquel que vió al Eterno y, habla en su nombre, ¿qué me queréis?; ya estoy en vuestras manos, ya podéis echarme en pasto a los leones del desierto y a los tigres de vuestros serrallos,

la Palabra que yo dije, no morirá jamás; y, mirando fijamente a la Reina y, a su hija, les grita, casi en la epilepsia de la cólera;—vosotras, hembras de Perdidición, aquella que es la Ubre del Pecado, y, aquella que no ha pecado todavía; aquella que agotó el Vicio, y aquella que aun no sabe de él; la estrella que se pone y la estrella que aparece en los horizontes del Amor, destruídas serán, extinguidas serán por la mano de aquel que va a venir, coronado por las estrellas del cielo, y, que no conoce más amor, que el amor de los desgraciados de la Tierra»; — y, volviéndose a sus guardianes les dice:— «Volvedme de espaldas, para que yo, no vea, esas hembras de Abominación, cuyas miradas, penetran entre mis ropas y, mi carne y se pasean con delectación sobre todo mi cuerpo; yo siento que ellas me dejan desnudo, como salí del vientre de mi madre; ellas husmean mi sexo;

apartadme de ellas; libradme de ellas; que muera yo, antes que mirarlas»;

y, cierra los ojos;

y, queda inmóvil;

rígido, como un muerto en pie;...

blanco, con blancuras inasibles, en la púrpura crepuscular que lo envuelve en los reflejos mórbidos de la tarde;

semejante a una esfinge de alabastro, soñadora en un bosque de pirámides.

... ...

... ...

Herodiada, entrecerrados los ojos, lo contempla, como una tigre, mira a un corderillo indefenso, segura de que ha de devorarlo.

Salomé, se apoya en una columna tan blanca como ella, parece invisible, cuasi diluída en el beso opalino de los cielos que ya están florecidos de estrellas; sus ojos serenos, parecen sin pupilas, tal es la trasparencia de su azul;...

las gasas que cubren su seno, ondulan, como el agua de un estanque en donde se han sumergido dos cisnes...

el capitán de guardias, se acerca hasta el pie de la balaustrada y, se inclina respetuoso, en espera de órdenes.

—Atadlo en el fondo de la cisterna y, guardadlo a vista;

dice Herodiada, con una voz firme, sin emociones;

el capitán se inclina de nuevo, y se retira;

se abre la tapa de la cisterna, que está en el centro del patio;

dos centuriones alzan en vilo al Profeta, y lo dejan caer al fondo;

se oye el ruido del cuerpo al caer en las baldosas.

Herodiada, sonríe...

Salomé, tiembla...

las dos mujeres se miran;

se oye gritar el Profeta en el fondo de la cisterna...

no se percibe el sentido de sus palabras, devoradas por la Noche...

bajo la alta columnata, el cortejo se retira hacia las habitaciones reales...

la Reina entra en las suyas.

Salomé, se vuelve aún para mirar el abismo azul de la Noche, y, el bosque rojo y blanco de columnas y de estatuas...

y desaparece...

la Terraza, se hace triste como si llorara, el bello fantasma de la Princesa Solitaria...

desaparecido...

como un bello lis, en el silencio de oro.

*

Termina la cena real;

el Tetrarca beodo, sonríe, a los seres y, a las cosas, con una risa idiota;

sus ojos se cierran de sueño, y, su belfo inferior cuelga, húmedo de baba.

Herodiada, inmóvil, en su actitud estatuaria de siempre, con los feroces ojos entrecerrados, mudos los labios fríos, cargada de joyas, como un ídolo fatigado de adoraciones.

Salomé, toda en blanco, bajo la púrpura del Solio, y el oro de los blasones, como una gacela blanca, dormida al Sol; en un llano estival...

ha cesado la música que suena durante los reales ágapes;

los esclavos silenciosos esperan órdenes.

Herodes, tambaleante se pone en pie;

tiemblan la vajilla de oro, y, los vasos de ágata, donde aun corusca el rojo, y el ocre de los vinos, y, un candelabro enorme viene a tierra, al peso de la mano del Tetrarca, apoyada, en la mesa al lenvantarse;

dos servidores lo ayudan;

se aleja marchando penosamente, apoyado en el brazo de ellos.

Herodiada, lo sigue con su séquito, lenta, majestuosa, con aire procesional;

la Princesa, va la última, seguida de esclavas jóvenes;

es, como un lirio magnífico, marchando en la tristeza estrellada de la Noche;

llegando a una rotonda central, los cortejos se dividen;

los reyes, entran a sus aposentos;

la Princesa a los suyos;

se extinguen las luces;

el Palacio, se hunde en las tinieblas, como un ataúd de nácar bajo un manto mortuorio;

apenas entrada en su aposento, la Princesa, licenció sus esclavas;

y, quedó sola;

de pie en el fondo de la pieza, apenas iluminada, por la luz de una veladora, que ardía en un vaso de ónix, semejaba una estatua tumular, solitaria en el miraje de un cementerio sin árboles;

extinguió la débil luz, cuyas ondas calmadas murieron, sobre el mámol y, los azulejos del suelo, y, se acercó a la ventana aun abierta, que daba sobre el patio de armas, y desde la cual se veía gran parte de la Terraza, descubierta;

mediaba la Noche...

la luna indecisa, hacía orlas de plata, sobre el pavimento del patio desierto, en cuyos mosaicos, las graves siluetas de los

centinelas, se reproducían y se prolongaban...

las aguas cantaban en los surtidores allá de las verjas, en las solitarias, mudas avenidas del viejo jardín, que se hacían violetas, bajo la caricia de plata que sobre el ramaje hacían los luceros;

en los arabescos que el follaje instable iba dibujando sobre los senderos, brillaba a intervalos la luz estelar.

Salomé, inclinada, sobre el barandal de la ventana, miraba soñar la Noche...

y, soñaba también...

miraba con angustia hacia la cisterna donde yacía el Profeta;

centinelas la guardaban;

el Profeta callaba...

¿dormía?

... ...

... ...

de súbito, la Princesa, que miraba hacia la Terraza, vió allá lejos, en el atrium

que precedía, a las habitaciones reales, aparecer una sombra;

la sombra se detuvo;

luego, avanzó indecisa...

bajo mantos flotantes...

la brisa agitaba las telas de las vestiduras, haciéndolas hincharse, como si fuesen alas...

un solo velo la cubría de la cabeza a los pies;

avanzaba majestuosa y, cautelosa...

era la Tetrarquesa.

Salomé la reconoció y, se ocultó, sin perderla de vista;

la vió descender la escalinata;

la luna la iluminó de lleno al llegar al patio;

los soldados despertados se pusieron de pie;

ella, se hizo reconocer de los centinelas, mostrándoles el sello real, grabado en oro, que llevaba oculto en la palma de una mano;

el Oficial de la guardia se inclina reverente;

ella dice algunas palabras, y, da órdenes con ademán severo;

emisarios se dispersan en varias direcciones;

vuelven unos, trayendo al carcelero;

éste, somnoliento y, servil, se inclina con su manojo de llaves en la mano...

la Reina le da una orden y, avanza por el patio silencioso, hacia un pabellón real que está al extremo de él;

el pabellón se ilumina discretamente;

la Reina entra;

la Princesa Salomé, avanza entonces su busto sobre el antepecho de la ventana, mirando con ansiedad hacia la cisterna;

ve acercarse al carcelero, seguido de los soldados;

levantan la tapa de la cisterna;

descienden;

desaparecen;

la Princesa, espera, pálida de ansiedad;
solo el Silencio, sale de la cisterna abierta;

... ...

al fin, del fondo del pozo, surge un soldado con el extremo de una cuerda en la mano;
tira de ella;
atado al otro extremo sale un hombre;
luego, un soldado que lo empuja;
luego el carcelero;
el hombre habla recio e interroga los guardias;
éstos, lo empujan con violencia;
la Princesa, lo reconoce
es Johanam...
es el Profeta;
no hay duda, Herodiada, lo hace llevar a su presencia;
cual si el perfume sutil de los nardos que languidecían enguirnaldando la ven-

tana, la hubiese embriagado, sintió que su cabeza vacilaba, aferró sus manos contra la baranda para no caer, y, lágrimas ardientes, se escaparon de sus ojos, como dos hilos de perlas, escapados de entre joyeles azules;

lloraba de despecho;

lloraba de celos;

del letargo de los jardines venían hálitos de voluptuosidad, que estremecían sus carnes vírgenes...

la revelación súbita de lo que iba a ocurrir en el pabellón real, aguijoneaba sus instintos, y desgarraba su corazón;

avanzó más su busto sobre el barandal, y, vió el grupo de hombres, que entraban al pabellón por la puerta de los baños;

el salón donde estaban las grandes piscinas se iluminó;

no había duda, Herodiada, hacía bañar, ungir y perfumar al Profeta, antes de llevarlo a su lecho, como hacía con to-

dos los jóvenes que gozaba antes de asesinar...

con las manos apoyadas en el mármol, el cuerpo echado hacia adelante, adelgazado como el de un leopardo que va a saltar, husmeaba la noche, como si ventease los olores del macho y de la hembra prontos a juntarse...

de súbito vió, que las luces del baño se apagaban y, las de la cámara de lecho se encendían ;...

cerró los ojos como para no ver la realidad, del hecho brutal que iba a realizarse, y, que los ojos de su alma, no podían dejar de mirar...

ahora, entraba el Bautista a la cámara regia ;

ahora, Herodiada, lo recibía en sus brazos...

ahora su madre atraía sobre su corazón aquella divina cabeza, que ella no podía abrazar ;

ahora, lo besaba sobre los miosotis de los ojos que ella no podía besar...

ahora, se prendía a sus labios, golosamente, como a dos cerezas maduras;

ahora, sus lenguas, se juntaban y, se enredaban como dos serpientes, enroscadas, entre el follaje;

ahora rodaban sobre el lecho...

apretó los ojos, se mordió los labios, e iba a gritar, cuando sintió un ruido que salió del Pabellón real, y, escuchó voces, y carreras por los senderos del jardín y, vió aparecer en las boldosas del patio, un hombre desnudo que corría y otros en su seguimiento;

y, el hombre fugitivo gritaba:

—Loba de Judea, no me devorarás; asquerosa meretriz, tú no tendrás mi cuerpo; muera yo antes que besarte; el sepulcro es más bello que la podredumbre de tus labios;

y, antes que le dieran alcance, y, alguien tuviera tiempo de agarrarlo, llegó

a la cisterna, que aun estaba abierta, y, apoyando las manos en sus bordes, se precipitó adentro...

se oyó el ruido de su caída, y, un perfume de rosas de Trebisonda y mirtos de Arabia, salía del pozo profundo, escapado al cuerpo del hombre recién ungido;

más pálida que las clemátidas que adornaban el marco de su ventana, la Princesa, temblaba, cuando vió, desembocar en el patio, saliendo del extremo de una avenida, a Herodiada, con la cabellera suelta, y, las vestiduras en desorden, persiguiendo al Profeta, que ya se había arrojado en la cisterna...

llegado hasta el borde de ella, se inclinó hacia el hueco negro de donde salía la voz del Bautista, maldiciéndola...

retrocedió pálida de cólera:

—Ahora, maniatadlo—dijo a los guardias—cargadlo de cadenas; ponedle una mordaza, para que no hable, y que así

sea, hasta alborear el día después de mañana en que deberá morir...

y, queriendo ocultar su despecho y, su deseo, profundos como el mar, se envolvió en las negruras de sus mantos, y, acordándose de que era la Reina, se irguió majestuosa, marchando hacia las escaleras de la Terraza, por entre los guardias, que inclinaban sus cabezas, temerosos, ante aquella que podría cortárselas.

Salomé, abrió una puerta lateral de su habitación que daba sobre la Terraza, y salió a ella, avanzando hasta la columnata central, por donde debía pasar su madre...

apoyada en el plinto de una columna, esperó ;

la lejana luz de la luna, la iluminaba y, la hacía resaltar, como una estatua de plata ;

estremecida aún por la vergonzosa brutalidad de su fallida violación, Herodiada caminaba lentamente, como huyendo

el lenguaje acusador, de la Noche, que sollozaba en los jardines;

viendo a través de sus velos, la forma viva que se alzaba en su camino, se detuvo, y, dijo, imperiosa:

—¿Quién está ahí?

—Yo—dijo Salomé, con una voz, suave, que se mezcló a las músicas de la Noche, como fundiéndose en ellas.

Herodiada, reconoció la voz de su hija, y, la interrogó con una voz, imperiosa y, dura:

—¿Qué haces aquí, a esta hora?

—¿Y, os lo pregunto yo?

—Hija de Hazaarías, de la familia de los Antipas; yo soy tu madre; Princesa de Judea, yo, soy tu reina; a mí, el interrogar y, el castigar; a ti el obedecer y, el responder;

una risa clara y cristalina, que simulaba el ruido suave del agua que caía en la piscina cercana, salió de la boca de la princesa, y, fué a vibrar en el aire, como

un pájaro que volara, por entre las columnatas fantásticas y las caprichosas volutas...

—¿Castigarme? — dijo — ¿encerrarme en un pozo, como el Profeta que no habéis podido violar?

Herodiada, alzó el brazo, bajo sus vestiduras negras, y, de ella salió su mano desnuda y, amenazante como una espada;

viendo que iba a abofetearla, Salomé retrocedió, diciéndole, con insolente ironía:

—Acuérdate, que eres Reina, y, que yo, no quiero serlo;

piensa que si yo, quisiera acostarme en el lecho del Tetrarca, ocuparía su trono y, te expulsaría de ambos sitios...

la mano de Herodiada se bajó lentamente, y, se ocultó en las gasas, como una estrella tras una nube, y, gravemente, dolorosamente, la Reina, dijo:

—Cierre yo mis ojos, para no ver el Or-

gullo de tu Cólera contra mí; cierre mis oídos, para no oír tus palabras de Odio, contra mí; y, quiera el cielo sellar en tu boca esas palabras con el sello de su Misericordia;

y, se aprestó a partir.

—La Misericordia del Cielo—dijo Salomé—no soy yo quien la necesita, de ella han menester, aquellos que van a matar, y aquellos que van a morir...

y, acercándose a su madre, como para detenerla, le dijo anhelante...

—¿Cuándo debe morir el Profeta?

Herodiada, se detuvo, y, con una voz silbante bajo los velos, como una serpiente bajo un matorral, irónica y, colérica, dijo:

—¿Te interesa mucho el Profeta?

y, en esa voz aullaban todos los celos, y temblaban todos los rencores...

—Sí—dijo Salomé, acercando el rostro al de su madre, como si desease que de sus palabras no perdiese una, cual si qui-

siese ver la impresión que ellas hacían en el rostro, marmóreo, impenetrable bajo el denso velo—. Sí, me interesa, y me interesa mucho más, desde que lo he visto huir desnudo de tus brazos; desde que sé que por conservarse puro, va a morir, tristemente, silenciosamente, degollado por esbirros, sepultado en el campo de los esclavos, sin una piedra que marque el lugar donde reposa, el más bueno, el más elocuente, y, el más bello de los hombres, cortada la cabeza que debió tener por almohadas, los senos de una virgen real, de una virgen tan bella como yo;

y, así diciendo desabrochó violentamente su túnica, en la parte alta;

y, la túnica se abrió hasta la cintura;

y, sus dos senos blancos y erectos, se mostraron como dos ánades dormidos.

—Estos pechos—dijo estrujándolos rudamente—, que un día debieran lactar al león libertador de Judea, y, que no lactarán sino una jauría aullante de deseos,

porque nadie osa acercarse a la hija de la loba; y, mi vientre, este vientre que morirá virgen—y mostraba el suyo, que bajo la túnica desgarrada, semejaba un cofre de nácar bordado con hilos de oro—; este vientre que no parirá nada, porque herido será por la maldición que ha de herir nuestra raza hasta la última generación; ¿no la oís, no oís la voz de Dios, que maldice nuestra raza?...

en el Silencio un gran grito sonaba...

era la voz del Profeta gimiendo bajo las vergas con que lo azotaban...

Herodiada retrocedía espantada...

bajo la luna clara y azul, la terraza parecía un lago de mármol, donde las estatuas fingían arbustos petrificados;

las dos mujeres, parecían adheridas al pavimento;

las columnas les daban una sombra violeta;

el viento besaba las desnudeces blanco y oro de Salomé, y, la luna ponía un rayo

sutil, en las extremidades rojas de los pechos, en las combas armoniosas del vientre, y, en el río de oro de la cabellera, que se extendía como un Pactolo en la Noche;

los alaridos del Profeta, rompían la calma nocturna, muy débiles ya, como los gemidos de aquel que desmaya bajo los golpes...

para no oírlos y perseguida por ellos, Herodiada, se alejó...

desapareció bajo los pórticos, como una nave fantasma, en el silencio de un mar;

y, Salomé quedó sola; ofrecida, como un holocausto al vuelo inexorable de los amores imposibles...

en la blanca floración de los mármoles, la luna la iluminaba con un reflejo brutal.

*

Sobre el ónix y el pórfiro de los muros, sobre el blanco deslumbrador de las estatuas, sobre el basalto de los leones, que decoran la estancia, va pasando la fragancia de las flores en los vasos de ágata contenidas, y, de aquellas recién vertidas en el baño;

un resplandor extraño y suave, como de luz caída sobre un nido, a través de las alas de una ave, entra por la ojiva central del techo, y, cae sobre la rotonda de mármoles, en donde la gran basca, rebosa de agua, recién estremecida, por la caricia del cuerpo virginal;

desnuda, con una desnudez astral, Sa-

lomé, que acaba de salir del baño, se entrega a las fricciones de sus esclavas, que la enjugan con cariño, suavemente, como si temieran hacer mal, a la pulpa odorante de las carnes, que a más del sano olor de la juventud, despiden el de los aromatas orientales,recién disueltos en el agua;

ya enjugada, se sienta en la trípode de mármol, sobre la cual han puesto un cojín de seda lila;

despide sus servidoras;

y, entrega su cabellera al cuidado de Anabias, su vieja nodriza, que la peina desde niña y, a la cual ama, con un loco amor filial;

sus cabellos, finos, flúidos, como encendidos por la luz solar, caen sobre la espalda como un manto auroral;

bajo ellos, su cuerpo se diría, una ánfora de alabastro, bajo el follaje de una enredadera, en estío;

la luz verdosa la baña en una caricia de olas;

una ola que se place en andar juguetona sobre el seno, y, besar las dos palomas, coronadas de carmín;

y, el azul de las venas tan puro, como aquel de los vasos de nácar que se guardan en el Templo; venazones de violeta, bajo el suave oro fúlgido, que se extiende y, se diluye en el cuerpo escultural;

en sus ojos las brumas muy tristes de recientes visiones, se posan, empañando su puro cristal;

hay tristeza en su frente tan blanca, y en el suave coral de sus labios;

y, hay tristeza en su voz cuando dice:

—¿Por qué no hablas Anabias?; tu silencio me da miedo...

tiemblan tus manos en mis cabellos;...

se diría que es un fantasma quien me peina;

habla...

oiga yo tu voz...

dime los decires que hayas escuchado;

dime las consejas de cosas añejas que ayer me contabas;

—¿no ves que estoy triste?

—Yo también lo estoy; y, mi alma vestida en sombras de duelo, porque vi en el cielo presagios extraños...

—¿Para los nuestros?...

—Y, para los extraños; para Judea, para el Tetrarca, para Herodias...

—Y, ¿para mí?...

calla la vieja...

parece que al tragarse las palabras extrañas, se tragase un nidar de sierpes, prontas a devorarle las entrañas.

—Y, ¿para mí?—insiste la Princesa;

vacila la nodriza, y dice luego con terneza:

—Para ti, Princesa mía, la alegría de mi vivir, la azucena de mi huerto... ¿qué de cierto puede decir el porvenir?; la pena si te amenaza, si te toca,... pasa, pasa;... es pena loca, que no ha de dejar señal, como no marca su pauta en las flores

del rosal, el sonido de la flauta, que un zagal, tañe; no te extrañe si los hados, nada dijeron de ti...

—¿Qué viste en sueños? di; ¿qué cosas graves, te dijeron las entrañas de las aves, y, los oráculos que consultaste? dilo aprisa, dilo aprisa—insiste la Princesa, mirando fijamente a su nodriza:

—Graves señales, de muchos males, vi en las entrañas de los animales—dice ésta—y, vi en los astros, signos vagos de infaustos presagos y muchos desastres; la Casa de Judá, será herida de muerte, porque ella va a cometer, un gran Crimen; sangre inocente va a ser vertida, y, esa sangre nos ahogará a todos;...

—La sangre de un Profeta... ¿no es verdad?...—dice la Princesa, poniéndose súbitamente pálida y, mirando con angustia a su nodriza;

toda sonrisa ha huído de sus labios, que un estremecimiento de horror agita:

—Sí; la cabeza de un Profeta, de un

Enviado de Dios—dice Anabias, bajando la voz, y, mirando a todas partes muy inquieta, como si temiese ser escuchada;

la Princesa, como contagiada de la misma inquietud, dice con voz también baja y hecha tierna:

—¿De aquel, que se lamenta en la cisterna, encerrado por mi madre?...

—Sí, de Johanam, que es el Enviado de Dios...

—Y, mi madre va a matarlo...

—Y, su sangre, caerá sobre ella y, sobre todos nosotros, y, ahogará nuestros hijos y nuestros nietos, y, ahogada será hasta la última generación, de los hijos de Judea...

—¿No podríamos salvar ese Profeta? —dice Salomé, con una voz, que velaba, el ímpetu de sus secretos designios;

callan ambas;

el silencio es, como un gran río negro, sobre el cual ruedan pesados anatemas...

y, ese silencio envuelve la cabeza blan-

ca de la anciana, como a una alta cima entrada en la Noche, y, cae sobre la cabeza blonda de la joven como sobre una playa propicia a los largos besos de la Aurora:

—Salvarlo...—murmura Anabias, cual si dialogase consigo misma; y, su voz temblaba, como salida de una profundidad;...—Salvarlo... Y, mañana debe morir...

—Mañana...—dice la Princesa, con una voz blanca, sin entonaciones, como ahogada en un mar de tristezas...

alza la cabeza orgullosa, rebelde a la resignación y, dice...

¿cómo salvarlo?

¿Cómo?...—dice la anciana con una voz sin rebeldías, hecha a todas las esclavitudes.

—Yo, pediré su Vida al Tetrarca.

—No podrá concedértela, porque ha prometido ya su Muerte a tu madre; un Hombre, no tiene dos vidas, y un Rey no

tiene dos palabras; Johanam, no tiene sino una cabeza, y, esa cabeza, Herodiada la tiene entre sus manos.

—Es verdad... ¿cómo arrancársela?

y, diciendo así, parecen fundirse en su palabra suave, todas las tristezas del cielo a las mieles de sus labios;

y, Anabias, con voz miedosa y, rencorosa dice:

—No se arranca a las garras de una tigre, la cabeza de un cordero indefenso...

—Sólo matando la tigre—dice con voz profunda la Princesa:

—No hay en Judea, arqueros de esa talla—añade despectivamente la vieja;

nueva tregua de Silencio, bajo la cúpula huérfana de resonancias;

en los ojos de la joven, pasan largas visiones;

en las malaquitas claras de sus pupilas, como una estrella en un lago de estaño, la imagen del Profeta, tiembla, nimbada de un resplandor de divinidad;...

en un limbo de ensueño...

cierra los párpados, como para aprisionarla, para protegerla, para conservarla intacta y, blanca, como una flor bajo la luna;

y, luego, con una voz hecha grave y triste, como la obsesión de su ensueño, dice:

—¿Quién te ha dicho que el Profeta morirá mañana?

—Porque según la ley, debe morir al tercer día de haber sido condenado, y, luego, porque la Reina ha ordenado que no viva un minuto más de aquel que marca la ley...

—Y, ¿quién te ha dicho de esa orden de la Reina?

—Alguien que la escuchó, Arminius, mi hijo, aquel que se crió contigo y a quien miras como un hermano; tú sabes que él, es alabardero en la guardia del Tetrarca:

—Sí—murmura la Princesa ensoñado-

ra, hechos inmóviles los ojos, como cegados por un resplandor de luz, ofuscados por un bello sueño, absortos en la contemplación de las lontananzas del Pasado, donde la imagen de aquel hermano de su niñez y de su adolescencia surgía, bella y fugitiva, como un celaje de estío —¿y dónde oyó Arminius esa orden?...

—La oyó anoche, cuando Herodiada, mandó amordazar y, batir de vergas al Profeta;

las pedrerías luminosas de los ojos principescos se nublan, un vaho de llanto los enturbia en la suave claridad de la mañana;

y, la voz es muy triste cuando dice, como en alas de un sueño ferviente:

—Amordazado;... para que no grite la vergüenza de mi madre;...

azotado;... por haber huido de los brazos de mi madre;...

degollado;... para que no afrente los crímenes de mi madre...

¡oh nodriza! ¡oh mi nodriza!... Madre mía, verdadera...

¿por qué nací yo hija de una pantera?...

tú conociste a mi padre... ¿es verdad que era bello y, era bueno?

—Tan bello como tú;

y, bueno... como un cervatillo acabado de nacer...

—¿Por qué lo hizo perecer, mi Madre?

¿por qué lo persiguió con su encono?

—Por sentarse en el Trono...

—Por el Trono;... por un cráter de oro, bajo el cual se estremece el cataclismo;...

¿y, por sentarse ella, en la boca de ese abismo, soy yo tan desgraciada?...

¿de qué me sirve ser bella, si no he de poder nunca ser amada?

todos tienen miedo de mí, a causa de la sangre que llevo en las venas...

todos saben que son terribles, los hijos de las hienas...

todos huyen de mí;

la sombra de los crímenes de mi Madre, me cubre como un manto carmesí...

un manto de sangre, que oculta mi belleza...

nadie quiere a la Princesa, que es hija de Herodiada...

estoy deshonrada, antes de haber perdido mi pureza virginal;

soy odiada, aun antes de haber hecho el Mal;

ningún Príncipe real, querrá llevarme a su trono, ni a su lecho...

¿qué se han hecho, las Embajadas que han venido a pedir mi mano, en nombre de algún Soberano?

han sabido los crímenes de mi estirpe, y, se han alejado...

es verdad, que me han dejado muchos presentes.

han huído reverentes;

y, ninguno ha querido llevar como presea, a la hija de la Tigre de Judea;

soy una rosa de Fatalidad, en torno de

la cual, no hay, sino gemidos de viento y, parajes de soledad;

¿no es verdad, que soy muy desgraciada? ¿no es verdad?...

—Mis ojos cansados de años, y, fatigados de mirar la Vida, no han visto aún un ser feliz sobre la Tierra, humedecida de lágrimas;

la sed de la Ventura, es una sed de la cual, nadie se desaltera;

morir de esa sed, eso es vivir...

es verdad, Princesa mía, que la sombra de tu madre te hace mal... como la de un manzanillo fatal;

es verdad que ella aisla tu belleza, la más espléndida belleza que vieron los cielos del Oriente;

pero, es verdad, igualmente, que tu corazón, permanece mudo, como un escudo, y, no ha hablado aún de Amor...

tu Orgullo ha tendido un velo sobre ese corazón en duelo, que ha sido como un

lis herido que sólo las lágrimas han bañado con su triste rocío...

—El corazón mío, es como una rosa que tiene vergüenza del sol, y, se oculta dolorosa, avergonzada de haber nacido, avergonzada de vivir...

¿qué quieres tú, que haga esa rosa sepultada, a la cual no llegan las músicas del viento, ni las miradas del Sol?...

en esa tumba que yo misma me he preparado, un rayo de sol, iba a llegar, y, ese sol, va a morir;...

una divina música sonaba, y, el divino instrumento va a ser roto contra las piedras de la tumba...

¡oh! déjame mirar la Noche Impenetrable, que avanza, y, oír el Silencio que va a hacerse eterno, como la tumba...

la Princesa, se pone en pie;

cubre su rostro con las manos;

llora...

como si un hilo de perlas, se hubiese roto entre sus dedos, las lágrimas ruedan

por entre ellos, y caen sobre el peplum de gasa, bajo el cual tiembla su belleza desnuda.

Anabias, le toma los brazos por los puños, y le aparta las manos del rostro;

la mira en los ojos húmedos.

—¿Dónde está ese sol?—dice—, yo, lo bajaré del cielo para ti;

¿dónde está el divino laúd, que encantó tu corazón?...

yo, pondré nuevas cuerdas, en él, y, rehaceré sus músicas para encantar tus oídos...

todo, menos verte llorar...

¿callas?

¿no tienes este corazón de madre, para decir tu pena?...

¿a quién mejor que a mí, decir podrías de tu corazón la pena ignota?

habla...

—Anabias—dice Salomé, rígida como una estatua, consunta la voz, lívido el rostro—

—mi Amor, es un Sacrilegio;

el Sol, que yo amo, pende de los cielos en las manos de Dios; su luz no es hecha para alumbrar el cuerpo desnudo de las mujeres, camino del Amor, sino las almas desnudas, guiadas por él, camino de la Gloria Eterna;

el instrumento de armonía que va a romperse y cuyas músicas penetraron hasta mi corazón, no ha tenido hasta hoy, sino anatemas y maldiciones para mí, porque oye, nodriza, oye, y, compadece, mi corazón, enamorado de aquello que va a morir;

yo amo al Profeta...

—¿A Johanam?

—A Johanam...

—¡Pobre enamorada de la Muerte, que dejaste abrirse las flores de tu corazón, para arrojarlas en la tumba!...

¿qué va a ser de ti?

¿qué va a ser de nosotros?

tu ventura está en las manos de tu madre y, ella no te la dará...

—Lo sé, lo sé...

—¿Cómo arrancársela?

—¿Cómo?...

y, las dos mujeres, se miran, como dos fieras en acecho, sobre una misma presa...

la vieja cavilosa, frunce el ceño, mira fijamente a la tierra, y parece hacer evocaciones y conjuros;

la joven mira hacia el cielo a través del velo suavemente tejido de sus lágrimas.

—Oye—dice la vieja cautelosa, mirando antes de acercarse a Salomé, y, diciéndole luego, en voz baja—. Lo que voy a decirte, es muy grave, de tu silencio depende la vida de muchos hombres, si tu lengua hablara sería una cuchilla que cortaría sus cabezas...

la vieja calla, guardando un silencio, interrogador.

Salomé se acerca a ella;

le pone una mano en el hombro;

y, con voz grave le dice.

—Mis labios de Princesa, no son hechos para la delación;

tratándose de ti, no saben sino besarte, y, bendecirte...

habla.

—Bien, hay discípulos del Bautista, entre aquellos que lo custodian; hay soldados de la guardia que siguen su doctrina, y expondrían tal vez su vida por salvarlo;... pero, el carcelero... el carcelero es todo de Herodiada...

—Y, ¿no habrá manera de comprar o de suprimir el carcelero?

cueste lo que cueste;

alguien que lo compre, o alguien que lo mate;

mis joyas, mis tesoros, todo para salvarlo;

¿oyes? Anabias...

¿oyes?...

—Sí; y, quiero decirte aún más.

Arminius, mi hijo, y yo, también creemos en él...

—¿También?...

—También...

—Entonces, lo salvaremos...

—No, no se disipa fácilmente este olor de muerte que nos circunda;

el cordero está ya a medias devorado por la tigre...

nos quedan muy pocas horas para intentar salvarlo...

ayer entró en prisión y, dentro de cuarenta y ocho horas, debe morir:

—¿Qué hacer?—murmura Salomé.

—¿Qué hacer?—gime la vieja.

—Salvarlo—dice Salomé, con energía. —¿Cómo ponernos en comunicación, con aquellos soldados que creen en él, y son sus discípulos?

Arminius puede ayudarnos;

él, conoce esos soldados; él, puede hablarles...

—Es verdad—dice la madre, con una

voz resuelta, como dispuesta a todos los sacrificios.

—Necesito ver a Arminius—dice la Princesa con energía;

que venga a mí Arminius, el hermano de mi corazón;

que hable yo, con él; que no llegue la Noche, sin que yo le haya hablado;

ve, nodriza, ve, llama a tu hijo.

—Verlo, no podrás sino a la caída de la tarde;

y, hablarle no podrás sino fuera del Palacio;

porque castigado es con pena de la Vida, el hombre que entra al aposento de aquella que aun no ha tomado esposo.

—Lo veré en los jardines a la hora del crepúsculo victorioso, y, el azul virgen de los cielos, será propicio a mis palabras;

ve y, dile mi deseo...

—Le diré vuestras órdenes.

Salomé, se limita a extender sus manos

cruzadas, en actitud de súplica, y sigue a la vieja, que abandona la sala de baño, en actitud meditativa;

el sol que desciende de la ojiva, baña de un resplandor verdoso, el peplum que envuelve a la Princesa y, la hace aparecer como vestida de aguas;

tal una alga que marchase desapareció en las sombras del columnario;

y, el baño quedó desierto, como un Tabernáculo de ágatas del cual han extraído un ídolo de marfil.

*

El cerco bermejo de las serranías, se hacía de un obscuro y, suave violeta;

el aire fingía sudarios fatales prendido en las ramas de las arboledas;

y, éstas se extendían hacia los mirajes que alzaba la sombra en limbos remotos;

el vuelo insensato de las hojas secas, formaba rumores, como de presagios, sobre los senderos, llenos de la presencia invisible de la Tarde, cuya alma parecía cantar en las hojas de los arbustos y la calma gris de las aguas de los estanques;

el ambiente era como un clavecín sonoro, que manos invisibles, hicieran sonar, en una divina serenidad evocadora;

color de los lagos de pez, tenía el cielo;

color del azogue movible la niebla, que hacía como de plata el color de los follajes;

embriagueces de vuelos vencidos entre los ramajes, llenos de gorjeos;

las vías ondulosas, parecían evaporarse en una suave dulzura, en la paz amustiante de la hora;

los jardines eran como una apoteosis, de muchos silencios, y, muchos perfumes, pero una apoteosis calmada y serena, bajo el gris bruñido de cielos argénteos húmedos de lluvia;

en las avenidas hechas solitarias, ese gris profundo se hacía tan intenso que parecía como sepultarlas bajo un denso manto hecho de cenizas;

húmedo el ambiente, de tristes blancuras inasibles;

el oro y rojo del Sol, débiles y, extenuados, se morían en reflejos miserables;

temblaba en las frondas, de los azahares el blanco candor;

perfume enervante de manos nupciales deshojando pétalos;

una gran quietud, sobre las arenas, mudas e invioladas;

reflejos viajeros de la tarde en ellas;

en la lejanía plateada y, la línea estremecida del paisaje, una figura apareció;

parecía como surgida de las lejanas transparencias, y el verdor opalescente del follaje;

se diría, que desprendida de éste, marchase sobre las arenas húmedas, donde vagaban perfumes amargos bajo el arco del Viento;

era la Princesa Salomé;

flor de nácar y de oro, envuelta en un manto azul, tan claro, como el azul transparente de sus ojos;

marchaba;

emergía, y, se sumergía por intervalos,

en el azul lejano de los cielos, y, en el verde cercano de las frondas, hechas de un negro-azul, fosforescente;

avanzaba lentamente, cautelosamente, deteniéndose en ocasiones, como para aspirar con voluptuosidad, el perfume de los jazmines, que se escapaba de las flores, con un ardor apasionado de bocas vírgenes, recién abiertas para el beso;

el holocausto de las rosas, la saludaba a su paso;

llegó a la rotonda donde las estatuas hacían como un círculo de cortesanía, a la enorme fuente donde los dragones lanzaban al cielo trombas de agua, y, peces diminutos lucían escamas de mosaico bajo las aguas turbias donde las algas daban verduras cuasi negras de platino;

nínfeos blondos y, erectos emergían de las aguas como efebos que se bañasen;

nenúfares níveos, daban sus candores, sobre la esmeralda y oro del joyel;

los cisnes hieráticos, avanzaron hasta

el borde de la piscina para ver pasar a la Princesa, tan blanca y, tan grave como ellos, y, que parecía otro cisne, escapado al zafiro de las aguas;...

ella, les sonrió con una sonrisa fraternal, y, contempló un momento la armonía de los cuellos líricos ornados de gotas de agua;

luego avanzó, interrogando a trechos, con la mirada, las avenidas que desembocaban en la Rotonda Solitaria;

una sombra igual y, una misma soledad, las envolvían a todas;

era una como cesidad de los cielos y de la tierra;

la Princesa, se sentó en un banco y, fué como una estatua yacente, añadida al grupo de las otras estatuas que la circuían;

echó hacia atrás la punta del manto que cubría su cabeza y, ésta apareció como un toisón de oro que ornara el capitel de una columna dórica;

la frente triste nimbada de inquietud;
los ojos fatigados, sin ternuras;
los labios displiscentes de amargura;
en las manos, como un escarabajo, prisionero de una paloma, un estuche de ébano con incrustaciones de bronce repujado;
el viento un poco frío, besaba sus cabellos, y, la turbaba en ocasiones, como si oyese voces humanas, venir hacia ella en grandes alaridos;
un último vuelo de palomas se abatió sobre el grupo de titanes y de nereidas y, de la fuente, reflejando en el agua, la sombra aterciopelada de sus alas;
el sol había desaparecido ya del horizonte, como una bandera vencida, arriada sobre cimas escarlatas...
un hombre apareció en el final de una avenida, rompiendo la inmovilidad monótona del paisaje;
caminaba ligero, envuelto en un amplio manto gris; un manto militar;

sólo se veían hacia las extremidades de su embozo; un turbante rojo, y, las sandalias de cuero, bordadas, y adheridas a las piernas con cordones de hilo de plata;

más allá de él, la Noche desmesurada;...

cuando desembocó en la Rotonda, que la luz vesperal, hacía blanca como una bahía de acero, alcanzó a ver a la Princesa, en el banco, a la otra extremidad, y, se dirigió a ella;

llevó sus manos al pecho, y, se inclinó tres veces, antes de aproximársele;

después de la última zalema, Salomé, le tendió la mano sin sortijas, que en esa desnudez parecía un lirio de alabastro, y, le dijo con una voz triste y musical, en que ponía el diapasón de todas las ternuras:

—Bien venido, Arminius; bien venido hermano; sí; besa esa mano, la mano de tu hermana, aquella que contigo se crió...

¿no ves cómo tiembla? ¿no ves qué insegura?

¿no ves la blancura de este triste rostro, cómo está marchita de tanto penar?

y, ¿no ves mis ojos, que son ya despojos de aquéllos tan bellos?... lo son de llorar;—

el hombre ha dejado caer el embozo, y, muestra a la escasa luz de la tarde, un rostro imberbe, casi adolescente, con una palidez mate marfileña, y, unos ojos garzos, tiernos como los de una gacela; un bozo castaño cuasi invisible, sombrea los labios rojos; no es muy alto; delgado y nervioso; movible, con inquietudes de joven corcel;

y, con esa voz un poco insegura y, cantante, de aquel que sale de la adolescencia dijo; sin soltar la mano y con un gesto efusivo:

—¿Qué pena es esa, que aqueja a la Princesa, y, entristece a mi hermana?

debe ser pena vana, una nube ligera

que empaña ese divino sol de Primavera;

y, atraído por la mano que le hacía presión, se sentó al lado de Salomé;

ésta, había dejado caer su manto y, la cabellera cayéndole sobre los hombros y, la espalda, la envolvía como un manto de gasa blonda en el cual resplandeciese la luz estelar;

vuelta hacia Arminius que la contemplaba en un gesto de adoración, decía:

—Hermano querido; gracias por haber venido.

—Madre me llamó; y, pues tú querías que viniera yo, me tienes aquí; ¿qué quieres de mí?

la Princesa lo envolvió en una mirada insólita y, provocadora, que él no había visto nunca, en sus ojos, y, con voz reminiscente, hecha como muy lejana, dijo, como si gustase oír el ruido de sus palabras, caer en el corazón, fraternal, como el agua de una clepsidra recordatoria,

perfumada de viejas plantas familiares:

—Cómo son hermosas en su candidez, las divinas rosas de nuestra niñez; cómo nos perfuman de santa emoción, y no mueren nunca, en el corazón; ¿recuerdas, Arminius, los felices días, cuando éramos niños?... nuestras alegrías, y, nuestros dolores, eran unos mismos; y, nuestros amores;... ¡cómo son amados esos tiempos idos! ¡cómo son cambiados los tiempos venidos!;... ¿a dónde se han ido nuestras grandes risas? ¿se las han llevado temblando las brisas?... ¿a dónde los zarzales en que nos refugiábamos? ¿a dónde los rosales que deshojábamos; ellos crecen siempre y, sus flores dan, pero a nuestros ojos marchitos están;... ¿por qué ya no amamos aquellos zarzales y, vemos tan tristes aquellos rosales?; ¡oh! blancos rosales de nuestra niñez que no dan sus flores por segunda vez; mis ojos cansados no pueden mirarlos, sin llorar sobre ellos; rosales amados que fue-

ron tan bellos... ¡ay! como mis ojos, que están fatigados de tanto llorar ¿no ves, sus cristales sin esplendidez? como los rosales de nuestra niñez ya mustios están... y, tanta es mi pena y tanto mi afán, que pensé en mi hermano y, en su noble amor, y, para confiarle todo mi dolor...

—Y, aquí he venido y aquí me tienes, dime qué pasa, dime qué quieres, que tuya es siempre mi voluntad; habla, mi hermana, digan tus labios quién ha podido hacerte agravios, que yo en el acto los vengaré, y, tinto en sangre será el puñal que llevo al cinto, ¿no soy tu hermano, tu siervo leal? tu boca diga la alma enemiga que yo su audacia castigaré...

—Contra aquellos que me hieren nada puede tu puñal; sus manos cuando eras niño, te halagaron con cariño y me halagaron a mí, con cariño maternal; la mano que a mí me hiere, es una mano real; pero, no son sus agravios los que ahora

dicen, mis labios, que mis penas son mayores...

—Si tus penas son de amores cuéntamelas, Salomé... que no me falta valor, tranquilo te escucharé y, algún consuelo t ndré para tus penas de Amor...

—¿Amores?... hermano mío:... no vuelve llorando el río, al paraje en que nació; mi pena es más honda, mayor mi amargura, mi pena es más pura que pena de amor...

—Sepa yo esa pena, ya que no es de amor; abra la azucena sus labios en flor:

—¿No ves cómo los jardines, parecen lentamente languidecer bajo una brisa fatal...

y, los cielos palidecer bajo la niebla pluvial, del anochecer, un anochecer lleno de espanto...

y, se oye, como el llanto de la Tierra, ante algo siniestro, que va a aparecer?;

es que un Crimen, un gran Crimen, se va a cometer...

y, todas las cosas de los cielos y de la Tierra gimen, ante la expectativa de ese Crimen :

—¿ Qué Crimen, es ese que a ti, y, a todas las cosas que te circuyen, llena de espanto ?...

—Que un Hombre va a ser asesinado, y, ese Hombre, es un Santo...

—¿ Un Santo ?

—Sí : un Profeta...

—¿ Y, eso, por qué te inquieta ?

—Porque yo creo en ese Hombre y, en su palabra divina, creo en aquel que anuncia y que va a venir sobre la Tierra ; yo sigo su doctrina :

—¿ La doctrina de quién ?...

—De Johanam...

—¿ Tú crees en Johanam ?... ¿ tú ?—dijo Arminius, temblando de esperanza y de inquietud.

—Sí—dijo Salomé—, yo, creo en su Palabra, que labra un surco de luz en el alma de los hombres—y, acercándose más

a Arminius, le decía en tono confidencial:

—no te asombres; yo creo en sus Profecías, yo creo en la venida del Mesías...

—¿Tú?...

—¿Eso te inquieta?

—No, pero me asombra... He salido de la sombra, y quiero salvar al Profeta que de ella me sacó;

ayúdame...

y, juntó sus manos en actitud de súplica;

—¿Yo? ¿en qué puedo servirte?

—En unirte a mí, para salvar a Johanam—viendo la sorpresa y la duda en los ojos del joven, Salomé aproximándosele más, y bajando la voz, continuó:—óyeme;

yo sé que hay soldados de la guardia que creen en Johanam, como creo yo, como crees tú;... ¿no es verdad que tú crees?

—Sí—dijo Arminius con energía:

—Pues bien;

es necesario, que tú y, ellos me ayudéis a salvarlo...

—¿Cómo?

—Raptándolo antes del día en que debe morir...

¿No sabes que está guardado a vista, por centinelas colocados a la entrada de la cisterna?

—Sí; lo sé, pero también sé, que la cisterna está construída, sobre una antigua alcantarilla, que desaguaba en el río, y cuya reja está sobre la muralla:

—Sí, pero cerrada y condenada.

—Yo, tengo la llave; le ha sido hurtada, por Maritza, mi esclava, al gran llavero de Palacio, que tal vez ignora la existencia de esa llave; con ella en nuestro poder, nosotros podremos llegar hasta donde está el Profeta, desligarlo y, ponerlo a salvo...

—No habríamos salido de la galería cuando ya los centuriones se habrían

apercibido de la desaparición del prisionero, pues desde anoche tienen orden de la Reina de mirar constantemente al fondo de la cisterna.

—Es por eso que te digo, que es preciso contar con soldados de la guardia, que crean como nosotros en la palabra del Profeta:

—¿Olvidas que el Oficial de guardia hace requisa cada hora, y debe ver al prisionero en el fondo de la cisterna?

la faz de Johanam no se olvida jamás, y, es visible, aunque sea muy escasa la luz que la alumbre...

—Yo conozco una faz que se le parece extrañamente, viéndolas juntas se dirían las de dos gemelos.

—¿Cuál?

—La de Aristhodemus, apellidado el Persa, y, oficial de guardias como tú.

—E, hijo de Herodias.

—Eso dicen...

—Es verdad, que parece un gemelo del Bautista;

pero, ¿en qué esa semejanza puede servirte?

—Oye bien mi plan, y, no lo objetes hasta el fin;

es necesario, que mañana en la noche, seas tú oficial de la guardia de servicio;

es necesario que hagan guardia los dos o tres soldados, que creen como nosotros en el Profeta, y, siguen sus doctrinas;

es necesario que alguien que puede ser tú, que eres su amigo, se encargue de poner este soporífero, en el vaso de Aristodemus (se lo da) para que así pueda ser raptado, y, puesto desnudo y con mordaza, en el puesto del Profeta, y, así pueda ser degollado en lugar de Johanam, que nosotros salvaremos...

Arminius quedó pensativo;

y luego, dijo...

—Será necesario matar al carcelero...

—O comprarlo—dijo Salomé—aquí es-

tá el oro de este cofre; es todo lo que tengo, que no es poco; con él debemos comprar todo lo que se oponga a nuestros planes; el alma de los esclavos tiene un precio, como su cuerpo; cómpralos; y, de cualquiera cosa que ocurra, házmelo saber por conducto de tu madre...

—Salomé—dijo Arminius gravemente—; ¿no piensas que sacrificando a Aristhodemus, vas a cometer un fratricidio?

—¿Un fratricidio?; yo, no tengo más hermano que tú; y, tú te reunirás con nosotros, inmediatamente que hayamos libertado al Profeta,

y, lo seguiremos al desierto;

y, seremos dos catecúmenos, que iremos en pos de él;

y, beberemos el agua de los mismos pozos, cogida en las cuencas de tus manos;

¿no es verdad que tú me darás de beber en el desierto, como me dabas cuando niña a orillas de las fuentes del jardín?

y, dormiremos a la sombra de una mis-

ma palmera, en los oasis, donde vagará el eco de las recientes palabras del Profeta, voloteando como palomas viajeras rendidas en el seno de la Tarde;

¿no es verdad, que dormiremos bajo una misma palmera en el desierto, como nos dormíamos cuando niños, a la sombra de los naranjos en flor, con mi cabeza reclinada sobre tu hombro?...

y, así diciendo inclinó la suya sobre el hombro del mancebo, que la miraba estremecido de deseos;

—¿no es verdad, que me besarás, bajo una palma en el desierto?—continuaba en decirle, con una voz pesada y turbia, llena de cosas indecibles, mirándolo con unos ojos obscurecidos, como lagos sulfurosos;

y, extendía hacia él, los labios resecos de fiebre, entre los cuales brillaban los dientes devoradores...

—Salomé, Salomé...—gemía el mancebo, sintiendo temblar aquel cuerpo entre

sus brazos, como un manojo de lirios, bajo la hoz :

—Bésame—dijo ella imperiosa—y se prendió a sus labios ;

sus brazos rodearon la cabeza del joven, y, eran como dos serpientes de cristal enredadas a su cuello...

... ...
... ...

—¿Mañana?

—Sí; mañana—dijo él, quedando solitario en el banco...

y ella se envolvió en el manto y se alejó...

dejando en el aire, un perfume sutil...

*

Sobre la sombra y el Silencio de los jardines, las luces de las ventanas abiertas del Palacio, caen sobre los senderos y, las avenidas cercanas, que duermen bajo el cielo negro, semejante a una cúpula de basalto;

la curva de la luna en menguante, hace una mueca trágica en el horizonte;

desaparece bajo las nubes espesas, como una hoz bajo el manto de un segador;

el césped de los parterres aparece negro, como de hierro oxidado;

en la obscuridad densa de los ramajes, la blancura de los jazmines y, de los nar-

dos, finge incrustaciones de nácar, en una cota de acero;

entre las frondazones densas, las magnolias semejan lámparas de alabastro bajo el domo de una tumba;

los árboles más cercanos a las ventanas, brillan como si fuesen hechos de cobre fúlgido;

el perfume de las flores, como una ola de incienso vegetal, llena la atmósfera, envolviendo en su caricia la desnudez de las estatuas, y, la inmovilidad de los ánades pensativos, sobre las ondas del estanque hechas de una negrura azul bituminosa;

fanfarrias estridentes, violan la castidad inerme del Silencio;

alejándose del Palacio iluminado, hacia la extremidad de los jardines, la sombra se hace impenetrable, casi tangible;

el Silencio, es, como una presencia humana;

hay, una como afonía sensible de las cosas...

una exasperación de soledad;

allí el jardín inculto, se hace selvático;

los árboles son más altos, los ramajes más tupidos;

los senderos guijarrosos;

plétora de Silencios.

hipertrofia de sombras;

el muro de límite, se alza negro, escueto, como el de una prisión;

al pie de ese muro y, apoyando las manos en él, como para tantear la obscuridad, desfila un grupo de personas;

se diría una fuga de fantasmas,

todas negras, todas silenciosas, cautelosas;

sus manos, parecen una marcha de arañas sobre el muro;

preside la marcha, una forma alta, magra y, encorvada; es Anabias;

da la mano a Salomé.

Arminius las sigue;

dos soldados, finan el cortejo;
llegados a una puerta que da sobre la ribera del río; la abren;
el hálito fluvial los besa, con un gran beso frío;
agitados, los mantos y las túnicas, se despliegan como alas;
ya no hay árboles;
tras del arabesco de las nubes, la luna luce, turbia como el ojo vidrioso de una pitonisa tuerta.
Arminius, preside ahora la caravana:
desfilan tanteando el muro exterior, húmedo y verdoso;
las manos resbalan al apoyarse;
el suelo es inseguro y guijarroso;
el río, corre a pocos pasos, taciturno y traidor;
llegan a una reja de hierro enclavada en el muro;
se detienen.
Arminius ensaya una llave de las tres que le ha dado Salomé;

la cerradura oxidada por la humedad, no cede;
ensaya otra;
y, otra...
igual éxito;
entonces, un soldado aplica una palanca, llevada en previsión;
la cerradura salta;
la reja se abre;
entran...
la alcantarilla, se eleva en un declive suave;
trepan por esa rampa, cuasi a gatas;
felizmente está seca, porque hace años que por ella no se vierten aguas;
más arriba el camino se hace plano;
hallan otra reja;
la abren...
avanzan bajo el abovedado...
andan...
andan...
siempre en silencio...
ven una débil luz...

alzan a ver;
filtra a través de una reja;
es la de la cisterna;
más allá de ella, se ve vagamente el cuerpo del Profeta atado al poste;
se oye su voz, ininteligible a causa de la mordaza...
sin duda ora;
un soldado trepa sobre los hombros del otro, y, abre esta última reja...
ésta gira hacia abajo;
el soldado entra.
Arminius entra después;
el Profeta, que cree que va a morir, los mira con piedad y con ternura;
no se mueve;
está atado de pies y, manos;
lo desatan;
se queja bajo la mordaza;
lo ponen en pie;
él no se rebela;
cree llegada su última hora y, se prepara a morir como Profeta;

lo alzan en peso, y lo introducen por la abertura de la reja;

el soldado que ha quedado abajo, lo recibe;

antes de abandonar la cisterna, el soldado que acompaña a Arminius, da dos fuertes silbidos;

luego bajan también, y cierran la reja por fuera;

esperan un momento, fijos los ojos en la cisterna;

pasan minutos;

ven abrirse, la tapa del pozo, que da al patio.

Pendiente de una soga, ven descender el cuerpo de un hombre, desnudo;

luego otro, que llegado abajo, ata al primero, en el mismo poste en que estaba atado el Profeta;

los reconocen;

son Aristhodemus; y, el carcelero.

Aristhodemus, parece dormir...

una vez que lo han atado, el carcelero sale de la cisterna, y cierra la tapa.

Arminius y, sus compañeros, se ponen en marcha;

la galería silenciosa, repercute sus pasos;

cierran detrás de sí, la otra reja;

llegan a la rampa;

se deslizan por ella;

salen a la orilla del río;

cierran la reja de entrada;

al ver dos mujeres en el grupo, el Profeta, que han cubierto con un manto, retrocede:

—No temáis—le dice Arminius—: Somos discípulos vuestros y, él y los soldados le hacen el saludo con que se reconocen aquellos de la secta;

le quitan la mordaza;

y, lo empujan suavemente, hacia una barca, que los espera, arrimada a la orilla del río;

el Profeta se deja llevar y, entra en la barca;

las dos mujeres, que permanecen cubiertas, lo siguen.

Arminius y los dos soldados, entran después;

y, la barca se aleja...

entretanto, en el fondo de la cisterna, Aristhodemus, vuelto en sí, abre los ojos; rememora...

sólo recuerda que fué llamado al Pabellón secreto del jardín, en nombre de la Princesa Salomé que quería hablarle;

fué...

mientras la esperaba, le fué ofrecido un vaso de vino;

lo bebió...

no supo más...

ahora despierta allí desnudo, entre muros de piedra, tan desnudos como él;

¿es un mal sueño?

va a llevarse las manos a los ojos...

está atado...

quiere ponerse en pie;
las cuerdas lo sujetan...
quiere gritar;
está amordazado...
muchas veces le han dicho que un día Herodiada lo hará morir para borrar las huellas de su falta...
¿será posible?
¿a quién interrogar?
siente ruido sobre su cabeza...
se hace encima de él, una abertura;
un hombre desciende de ella;
cubierto de vellos y, de barba;
desnudo hasta el cinto y las rodillas;
lo reconoce:
es, el Verdugo:
muchas veces ha azotado soldados por sus órdenes, y, le ha visto decapitar esclavos;
quiere hablarle;
no puede...
el verdugo medio ebrio, lo mira atrevido:

—Tu hora ha llegado—le dice— : vas a morir por orden de Herodiada; el Tetrarca, le ha concedido tu cabeza; serás el último plato del festín...

y, así diciendo, tomó por los cabellos, la cabeza tan bella...

y, la cortó de un tajo;

la sangre llenó las losas de la cisterna, y bajó por la alcantarilla;

colocó la cabeza, en un cesto, lleno de sal, y, subió con ella...

atravesando los jardines, la cabeza tronchada parecía mirar al cielo pidiendo Misericordia.

*

Desde el vestíbulo, alineadas las guardias en actitud hierática;

brillan las lanzas;

lucen los yelmos...

espejean las corazas...

bajo los cascos dorados, los oficiales aparecen como coronados de llamas;

en el átrium, dos filas de esclavos, la frente contra el suelo, hacen zalemas a los invitados y musitan filaterías guturales de Salutación;

adentro el gran Salón octágono, el Salón de las fiestas, esplende como una selva incendiada...

los frisos, los capiteles, los intercolumnios, semejan enredaderas de estrellas, bajo las cúpulas de malaquita;

las columnas de jaspe, que sostienen el ábside central, desaparecen bajo las flores;

las rosas de Arabia, los geranios de Terebinto, los nardos de Trebisonda, que agonizan en los grandes vasos de ágatas y de ónix, mezclan sus perfumes al de las mirras y, las esencias que se queman en los pebeteros de oro que agitan las esclavas...

la atmósfera es pesada de olores...

ha terminado el festín;

los embajadores y sus comitivas;

los altos jefes militares y, los cortesanos del Palacio;

hacen corte, abiertos en alas a ambos lados del Trono;

hay también oficiales romanos, enviados por el Pretor, para hacer homenaje al Tetrarca;

éste, alto y graso, la frente angosta, los ojos bovinos de búfalo doméstico, la tez roja por el abuso del vino, la nariz pi-

mentosa, los labios gruesos y sensuales, tembloroso el belfo, cana la cabellera que desaparece bajo los adornos y, la corona, manto escarlata, coruscante de oros, se muestra, insolente, bajo el dosel, en la actitud de un ídolo bárbaro, que todos adoran;

a su lado, Herodiada;

espléndida en todo el apogeo de su belleza otoñal, sugestiva y tentadora;

rígida, en la actitud estatuaria que le es habitual;

blanco el rostro inmóvil, ajeno a toda emoción, en una imperturbabilidad de soberbia petrificada;

los bellos y grandes ojos, parecían ciegos de gota serena, en su fijeza de divinidad; ojos de ídolo, quietos, como si fuesen de esmalte;

hundidos y, prolongados por las ojeras artificiales;

los labios imperiosos y, desdeñosos, teñidos al carmín, impasibles sin sereni-

dad, con un sello de laxitud, en la comisura de sus curvas altaneras;...

desnudos, el pecho y, la garganta, marmóreos y, opulentos, dejando ver a través de las gasas el rojo de las mamilas enormes, como unas ubres de leona;

ornada de collares y brazaletes, que fulgían como constelaciones;

apenas cubierta de los senos a las rodillas, por una túnica de hilo de plata, bordada de rosas de oro;

las piernas desnudas ceñidas de hilos de perlas, que abajo sujetaban las sandalias, de corteza de sándalo y, plumas de avestruz, exornadas de zafiros;

sin manto y sin corona;

apenas un cintillo de ópalos la ciñe la frente pequeña y voluntariosa;

así, semidesnuda y, atrevida, a la sombra del dosel, semeja una bacante rendida, bajo el follaje de una vid, a la hora crepuscular;

un sillón vacío, a la izquierda de Herodes, anuncia la ausencia de la Princesa Salomé;

se halla enferma, o al menos se ha hecho excusar con ese pretexto...

la ausencia de aquel prodigio de belleza, del cual se habla hasta en las regiones más remotas, contraría a todos;

a los Embajadores, que pensaban extasiar sus ojos, en esa Princesa núbil, para hablar luego de ella, a sus amos los reyes y, los príncipes ansiosos de himeneos;

a los jóvenes cortesanos, a los cuales raras veces les es concedido ver sin velos, el rostro ideal de la hija de Herodiada, a la cual, empieza ya a rodear un extraño halo de leyenda;

a Herodes, que inquieto pregunta a cada momento:

¿qué tiene la Princesa?

¿por qué no viene la Princesa?

la ausencia de la Princesa, produce en

todos la impresión de la más bella piedra, caída al esplendor de una diadema real;

sólo Herodiada, está feliz de esta ausencia;

porque ella, le permite ostentar su belleza ya declinante, sin la peligrosa comparación con la belleza de su hija, en el pleno esplendor de su belleza prodigiosa;

y, luego, porque su celo de mujer, atribuye esa ausencia, al designio de Salomé, de no hallarse presente, en el momento en que el gran Sacrificador, traiga en una bandeja de plata, la cabeza del Bautista;

frente al dosel real, entre un hemiciclo de columnas jónicas, donde parásitas raras y flores exóticas hacen la ilusión de un minúsculo jardín, están las tocadoras de arpas y de guzlas, que salmodian, un suave cántico...

forman semicírculo, vestidas de color amaranto y, con los brazos desnudos;

se coronan de narcisos;

en el centro, y, adelante de ellas, sobre la alfombra roja, yace una forma inerte...

¿una mujer?

¿una ave?...

las arpas, parecen sollozar...

el canto tiene tonos de gemido...

de súbito, como una rosa prisionera, que se alzase en la vara de un rosal, la forma blanca que yace por tierra, empieza a erguirse, obedeciendo al ritmo de la música, lenta...

se alza de lado como una vela que empieza a izar...

luego se hace recta, inmóvil;

un junco florecido;

erecta, crece, se alarga...

aparece de pie...

blanca, inmóvil...

una estatua de hielo...

le nacen alas, que se despliegan, lenta-

mente, cautamente, castamente, al eco de la música blanca...

es un ánade, con las alas abiertas ante el Sol...

las alas se agitan;

las alas vibran;

el pájaro va a volar...

el pájaro anda;

el pájaro vuela...

sus pies rosados tocan el suelo...

sus alas se extienden, se cruzan sobre su cabeza, hacen la forma redonda de una hostia de sacrificio...

así llega hasta el centro del salón;

saluda al trono...

inclina tres veces la albura de sus alas, que el brillo de las luces, hace de un blanco mórbido de talco...

retrocede pausadamente, gravemente, con genuflexiones armónicas, que obedecen al ritmo musical...

vuelto al centro del hemiciclo, el pájaro queda en pie;

inmóvil como un Ibis, sagrado;...

lentamente sus alas se abren, en forma de cruz...

descienden, se desmayan, y, caen vencidas a lo largo de su cuerpo...

el pájaro es una mujer...

como surgida de las ruinas de una flor, aparece sobre sus velos inmóviles como un Idolo de cristal...

tiene un rostro de efebo;

los cabellos cortos, bucleados se lo enmarcan;

las formas vagas y gráciles, cuasi insexuales;

bajo las blancuras de la túnica se diseña, un cuerpo esbelto, sin morbideces...

los ojos verdes y cándidos;

los labios tristes...

la bailarina, es, en medio de su coro, como un blanco lis, rodeado de rosas sombrías;

en un candor supremo...

la música calla...

el canto se extingue;

se siente la huída de los sonidos, como una fuga real de ensueños...

por un fenómeno de acústica del salón, el Silencio queda musical...

las armonías flotan y, se prolongan, en una melodía de tristezas...

en el Silencio, las columnatas florecidas de oro repiten los últimos arpegios;

y, los devoran...

como un lucero parpadeante, en el fondo del cielo, la bailarina, se estremece cual si saliese de la caricia fría de las olas;

se yergue, bajo las luminarias, solitaria coronada de rosas de misterio...

sus brazos vuelven a alzarse, como las alas de una garza marina, pero esta vez enredado en ellos un tul de plata tan blanco, como los linos que yacen a sus pies;

un preludio suave de arpas, acompaña ese gesto;

la melodía de las voces, se alzó de nue-

vo, muy bajo, muy bajo, como un vuelo de farfalas...

un ruido palpitante de alas de libélulas...

bajo la tristeza estrellada de sus ojos, la bailarina tiende sus brazos, como hacia formas que pasan;

sus velos argentados irradian, como bajo una luz de Vespero;

los agita suavemente y aparecen como constelados de ópalos;...

la bailarina canta;

su voz, límpida y, pura, suena como una flauta en la tarde;...

la danza es sacerdotal, y, llena del vago encanto de los misterios primitivos;

el canto es de una monotonía melodiosa y férvida, como todos los cantos orientales...

tenía del ditirambo y de la plegaria, y, la voz, era admonitriz como una profecía, dicha en la Noche;...

el gran lirio de talco, se hace sonoro, y,

palidece bajo sus velos, como una luna en la sombra...

la voz sale de su garganta, con un tremor armónico de cuerdas de una viola, dulcemente pulsada por manos amantes, que lloran caricias muertas;

las voces sutiles de las arpas, le hacen un acompañamiento maternal;

y, la voz solitaria, dice...

—Yo soy la Pureza;

mis carnes son hechas de pulpas de lirios y amor del jazmín...

las azucenas son mis hermanas;

los nardos me besan, como adolescentes que crecimos juntos;...

el alma de las magnolias vive en mí;

ellas dan sus colores a los velos que extiendo sobre las cunas de los niños...

y, sobre los sueños de las vírgenes...

y sobre la mansedumbre de los cisnes;

el sol me besa sin violentarme...

el aire me acaricia sin mancillarme...

mi vuelo, es, como un vuelo de palomas en la tarde azorada...

el vuelo de las nubes me da sus ritmos...

y el de los ánades;

y, el de las cándidas aves marítimas...

mis velos nítidos; blancos y, fúlgidos se extienden sobre la cuna del Pudor...

velan su sueño...

contra el Amor;

el torpe espíritu;

dominador...

¡ay! de aquel que viola el Pudor...

y, la Pureza...

yo soy sagrada;

como el Amor...

y, la Tristeza...

yo, huyo al Amor;

al torpe espíritu dominador...—

dice así;

y, sus velos parecen hacerse, sonoros de tempestades...

en una escala cromática de fugas...

y, se agitan, se levantan, como envolviendo la cantadora, en una coraza invulnerable de blancuras;

y, el coro dice;

muy bajo;

como si besara los pies de la danzatriz para hacerlos más ligeros:

—Huye al Amor;

al torpe Espíritu

Dominador...

... ...

y, como si las olas armónicas, al besarle las plantas, les pusieran una ala en cada beso, la danzatriz se hace ligera, cuasi aérea, llevada y desaparecida, por la ondulación vertiginosa de los velos...

y, como si la siguiese en su fuga, precipitándola, el coro, continúa en gemir:

—Huye al Amor;

al torpe Espíritu

Dominador...

... ...

de súbito, el cuerpo de la bailadora queda inmóvil...

disminuye lentamente, el torbellino vertiginoso de los velos...

como las aspas de un molino al cual han cortado el agua...

hay una como cesación de vuelos;

una gradual inmovilización de alas;

las telas se inmovilizan;

caen sobre el cuerpo erecto;

lo envuelven como un barniz de argento líquidos;

se diría una estatua de ópalo;

una antorcha extinguida sobre la nieve...

la faz pálida, se hace trágica;

los ojos verdes lucen como los de un lobo en la penumbra;

la boca se hace cavernosa y de ella sale un grito:

que dice:

¡Ay! de aquel que viole la pureza...

¡ay! de aquel que viole el pudor;

maldito sea:

maldito en su raza; maldito en su corazón...

sus hijos no conocerán ni la Pureza, ni el Pudor...

Maldición sobre ellos.

Maldición...

... ...

como herida de un rayo, la bailarina se desploma...

cae sobre sus velos;

y, como si la Tierra la hubiese tragado,

desaparece bajo ellos...

los tules tienen un último estremecimiento;

cual si se petrificasen de súbito quedan inmóviles...

la cubren como una mortaja de nieve...

sobre esa blanca desolación, el coro continúa en clamar:

Maldición...

Maldición...

Maldición...

... ...

toda la melodía del antiguo furor délfico grita en ese grito;

al brotar de los labios parece tomar la forma tangible de una llama...

—¿Qué dicen esas mujeres?—pregunta Herodes medio dormido.

—Nada—le responde Herodías—; Son gentes de Samaria, maldicientes y supersticiosas;

su blancura de flor se hace lívida, como obscurecida por los clamores del coro...

la música cesa...

en el interludio, se siente la fatiga de los espíritus, como el simulacro de un vuelo de halcones, que quisieran escapar por las ventanas abiertas, hacia mares muy remotos;

en una vastitud de Infinito;

... ...

... ...

lentamente la música vuelve a sonar...

las arpas solas;

atacan un nuevo motivo, lánguido, pero más vivo, más apasionado...

como un vuelo de nubes bajo un azul purísimo...

el cromatismo de las notas se conserva cándido, pero no ya de esa blanca simplicidad de himno primitivo de la sinfonía anterior...

conservando toda su pureza, se colorea levemente, como una alba tranquila;

sin llegar a ser obscura ni soberbia, es menos humilde y, más compleja, como las coloraciones de un crepúsculo...

en el crescendo armonioso, que pasa por el hemiciclo, como un soplo de viento por sobre los rosales, una forma, al principio vaga y distinta, se levanta, en el círculo de las mujeres del coro;

pequeña, imprecisa;

gradualmente sus formas se diseñan, se acentúan;

se diría un arbusto bajo la luna;

erecto y opaco, con un color gris de ceniza;

la forma avanza hacia el fondo del hemiciclo, tan suavemente, que más que andando, parece ser llevada por la caricia del viento;

como una nube;

se detiene;

se inclina...

se levanta otra vez...

a los flancos, parecen crecerle antenas, que se abren como alas en un gesto rítmico;

se juntan hacia adelante como para defenderla;

se abren luego;

caen;

la figura aparece aislada y solitaria...

¿es una mujer?

¿es un niño?...

es lo último...

es una niña pálida y, delgada, con la cabellera obscura, coronada de nardos;

sonríe...

sus ojos tienen un color cambiante de cielos y, de follaje...

frágil, de lineamientos puros;

parece una figura de Adonis, arrancada al dibujo de un vaso de Corinto...

su cabeza tiene el orgullo inocente de una flor, y, sus labios entreabiertos, parecen una copa votiva, hecha para que beban en ella los pájaros del cielo;

una línea de un gris pálido la circuye;

la enmarca, como una moldura de metal...

como desprendida de ese marco, la niña avanza unos pasos;

hierática, pausada, con rigideces de ídolo...

todos los ojos se fijan en aquella figura frágil y encantadora, que parece que va a romperse al marchar y, va a quedar reducida a un débil polvo de cristal...

se detiene en el borde del hemiciclo bajo el pórtico de ónix...

la música cesa...

como si la guzla que antes vibraba en sus manos sonara ahora entre sus labios, la niña dice, en un recitado piano, en el cual las palabras vuelan hacia el divino cielo con una pureza de soledad :

—Soy el Amor ;

vengo del Alba ;

ella me ha dado su corazón ;

nací en el fondo del Océano ;

hecho fuí de un beso de las olas y del Sol ;

mi nodriza fué la Aurora ;

a sus pechos me lactó ;

el Sol, mi Padre, me dió sus rayos ;

la Mar, mi madre, su eternidad ;

mi alma, es el Deseo...

yo, voy a caza de corazones ;

y, con las flechas de mi carcax hiero los hombres...

yo bendigo los vientres de las madres ;

y, hago puras las noches del Placer...
por mí vive el Mundo...
yo, inspiro los sueños...
yo, formo los besos...
al contacto de mis labios florece la Eternidad...
yo, soy el Amor...
¡Aleluya! ¡Aleluya!... ¡Aleluya!...—
las arpas irrumpen en una música profunda, y, las cantadoras corean:
—El Amor... el Amor... el Amor...
Aleluya, Aleluya, Aleluya...—
la niña abre los brazos;
los tules que la circuyen, se despliegan armoniosos como una vela en el mar;
todos los tonos del azul, se muestran gradualmente en aquel desplegamiento de alas; desde el azul cuasi negro de las orlas, hasta el azul cuasi blanco que se alberga bajo los brazos cándidos;
es, como un pájaro azul, bañado en luz:

sigue la monodia, de sus palabras, como en vuelo hacia el divino cielo :

—Cuando yo pongo mi soplo sobre el alma de las rosas, se les mira florecer ;

los rosales me saludan ;

son hermanos de mi ardiente castidad...

yo, soy puro, como el cuerpo de los niños en la cuna ;

como el beso de las madres ;

las violetas ; mis hermanas ;

su modestia, es mi modestia ;

los miosotis son mi aliento ;

su candor, es mi candor ;

y, los lises azules de los lagos, forman mi vaporosa vestidura ;

su pudor es mi pudor...

mis ardientes mensajeras, son ligeras, como aromas ;

mis ardientes mensajeras ;

las palomas...

las palomas ;—

los tules se agitan y, se abren, se jun-

tan, sobre el pecho sin protuberancias...

del pecho cálido; del azul cándido, surgen las palomas;

una blanca bandada de palomas...

permanecen indecisas; deslumbradas por la luz...

vuelan... revuelan, se posan en torno a la cabeza y, sobre los hombros;

buscan otra vez el seno hospitalario... y los pliegues del manto y de la túnica;

luego, vuelan, vuelan, en el oro de la luz;

se refugian en los capiteles de las columnas, y, los frisos, bajo los ábsides...

los ojos de todos siguen el vuelo errátil de las aves azoradas...

todos sonríen a las palomas del Amor, como sintiendo en el alma un florecimiento de recuerdos;

sólo, los reyes quedan impasibles a las emociones del cántico y, del vuelo.

Herodes somnolea...

aquellas danzas, clásicas, sin lascivias y, sin desnudeces, no lo atraen.

—¿Dónde está Salomé?; nadie danza como Salomé;

es lo único que se permite decir.

Herodiada, se fastidia;

ella, ordenó esas danzas sacerdotales, sin saber lo que eran, para evitar las bellas desnudeces que pudieran eclipsar las suyas, y, para dar a los Embajadores, una falsa idea, sobre la austeridad de la Corte, de la cual se contaban tan terribles leyendas de concupiscencia;

la niña, que ha quedado inmóvil ante el vuelo de las palomas se estremece, como el follaje azul de un trébol...

deja caer los tules a lo largo de su cuerpo, que queda perfilado en la sombra, como una incrustación de esmaltes;

su busto se muestra ahora blanco, como su rostro pálido y sus pies sin sandalias, que se ven apenas como dos palo-

mas, que se hubiesen albergado bajo la túnica...

ya, no sonríe;

la expresión de su rostro, se ha hecho trágica, admonitriz...

sus ojos parecen más profundos, como velados por el ala de un Sueño Obscuro...

hay algo de pitonisario y profético, en aquella niña antes ligera y, encantadora como un pájaro;

su voz es grave como una brisa nocturna, y, tiene un acento de presagio, cuando dice:

—Yo soy el Amor, y, el Encanto y la Delicia;...

pero soy puro, como el fuego del Sol...

mi alma es el Pudor...

¡ay de aquel que viola el Pudor!;

ése me mata a mí;

ése mata al Amor...

¡ay de aquel que deshoja, mis rosas, con las manos temblantes del Vicio!...

¡ ay de aquel que murmura mis himnos con los labios manchados del Vicio !...

¡ ay de aquel que desflora mis besos, con los besos infames del Vicio !...

¡ ay de aquel que mis suaves caricias deshonra, con las torpes caricias del Vicio...

¡ Maldición !...

¡ Maldición !...

¡ Maldición !...

sobre los incestos...

y, las adúlteras...

y, las meretrices...

¡ Maldición !

¡ Maldición !

¡ Maldición !

con la indignación de un dios ultrajado, la niña, hecha siniestra, agita su manto, que parece lleno de tempestades, se envuelve toda en él, y, camina lentamente hacia atrás...

vuelta al centro de su orquesta, despliega otra vez su manto ;

lo hace girar violentamente como una nube de tormenta;

cae, envolviéndose en él, como herida por la fuerza terrible de los elementos;

el manto ondula un momento sobre ella, como la ola de un náufrago;

después, cae inmóvil, como una mortaja gris;

el coro inclinado hacia ella, continúa en clamar, como tocado de un furor de destrucción:

—Sobre los Incestos...

y, las adúlteras...

y, las meretrices...

¡Maldición!...

¡Maldición!...

¡Maldición!...

la sala parece llena de alaridos...

los sonidos de los instrumentos, y, el canto de las mujeres, parecen gritos de suplicios...

hay uno como horror, que clama con una devorante furia...

Herodes ha abierto los ojos...

—¿Qué ha dicho esa mujer?—vuelve a preguntar, con insistencia de ebrio...

—Nada—dice Herodiada, enrojecida de cólera—; son sacerdotisas de los coros del Templo, y no saben cantar sino anatemas; esas gentes son enojosas.

—Ninguna baila como Salomé; no hay mujer más bella que Salomé; ¿dónde está la Princesa Salomé? — insiste el Tetrarca;

y, sus ojos de beodo la buscan por todas partes.

Herodiada, no le responde;

hace con la mano una señal al jefe de sus eunucos;

éste se acerca:

—Expulsad a esa tribu—dice la reina señalando el hemiciclo donde las arpas comienzan otra vez a preludiar...

todas las cabezas se vuelven hacia el hemiciclo que ha señalado la reina;

un telón morado, con las armas reales

bordadas en oro, se extiende súbitamente ante él;

se oye tropel tras el telón...

se escucha el alarido de las mujeres, perseguidas por el foete de los eunucos;

silencio;

las grandes puertas de bronce de la galería derecha del Salón se abren...

aparecen las picas de las alabardas, y, las túnicas de un grupo de soldados;

luego, dos filas de esclavos niños, vestidos de blanco, trayendo cirios encendidos en las manos como para una fiesta de circuncisión;

preceden al Gran Sacrificador;

éste aparece;

vestido de rojo;

desnudos los brazos y las piernas;

una cinta roja, ceñida a la frente, a modo de diadema;

lo sigue un esclavo que en un azafate de plata, trae algo blanco y, blondo, como una rosa de cera, húmeda en miel;

suena una música de timbalos y atambores;

grave, lenta, como una marcha fúnebre;

al compás de esa música, el cortejo avanza;

llega al pie de las gradas donde se alza el dosel tetrarcal;

se arregla en filas abiertas ante él;

los niños con una rodilla en tierra, y sosteniendo los cirios encendidos;

el Gran Sacrificador avanza por entre ellos;

hace tres genuflexiones;

toma la bandeja de manos del esclavo, y, la pone ante el Rey...

—¿Qué es eso?—dice Herodes abriendo los ojos pesados de sueño.

—La cabeza del Bautista, cortada por vuestra orden...

—Dadla a la Reina; dadla a la Reina; es para ella; quitadla de aquí—dice el Tetrarca, extendiendo las manos temblo-

rosas y, volviendo el rostro con horror para no ver la cabeza ensangrentada;

el Gran Sacrificador, se inclina dos veces ante Herodiada y, le ofrece la cabeza:

—Señora: la cabeza del Bautista.

Herodiada impasible, hace una seña con la mano indicando la mesa que le está frontera, para que se coloque en ella la bandeja;

lo hace el Gran Sacrificador, y, se retira unos pasos atrás.

Herodiada se inclina atenta sobre la cabeza;

está casi tan pálida, como ésta;

sin duda la halla bella, porque sonríe;

la cabeza, parece la de un joven dormido.

Herodiada, la observa, la toca...

la muerte parece haber rejuvenecido al Profeta;

y, haberlo embellecido;

le levanta los párpados entrecerrados;

el mismo miosotis de los ojos, pero algo

más obscuro, como el violeta de las ojeras mortales;

los labios exangües, no tienen el gesto displiscente y, colérico del Apóstol; son infantiles; tienen la expresión triste de un niño que ha muerto llorando;

los dientes más pequeños, como los de un corderillo nonato;

el oro naciente de la barba, más ralo y, más claro...

los ojos de Herodiada, se hacen desmesurados de espanto...

toca las orejas de la cabeza, y, levanta las manos asustadas...

las orejas tienen pendientes de oro, a la moda persa, y, que no llevan los judíos;

ella los reconoce bien...

son los que puso, en las orejas de su hijo cuando niño;

aquélla, no es la cabeza del Bautista ..

aquélla, es la cabeza de Aristhodemus, su hijo...

más lívida que ella, cierra los ojos...

va a desmayarse...

servidoras, se acercan para sostenerla...

susurran los cortesanos :

—La Reina, está enferma...

—La Reina, se ha desmayado ;

—¿ Qué tiene la Reina ?...

—La cabeza del Profeta, le ha hecho mal...

—Es siempre malo cortar la cabeza a los profetas.

—Eso trae desgracia...

—La Reina, se ha conmovido...

—¡ Qué buena es la Reina ! ;

—Todas las reinas son buenas...

—¡ Qué bello corazón, el de la Reina !

—Todas las reinas tienen un bello corazón...

—Como el de Herodiada...

ésta haciendo un esfuerzo sobre sí, yergue el busto, abre los ojos y sonríe ;

da una orden al jefe de servidumbre ..

la bandeja y la cabeza, desaparecen ;

reina el Silencio ;

el cortejo del Gran Sacrificador se retira;

desaparece detrás de la puerta de bronce que se cierra;

un cansancio abrumador, impera en todos;

los reyes, se levantan...

Herodes ayudado por esclavos;

Herodías, majestuosa y, lívida;

se alejan...

precedidos de pajes con hachones;

seguidos de cortesanos y de esclavos.

Herodes, marcha tambaleándose...

Herodías, rígida, mayestática, es como un Idolo en marcha...

bajo su cabellera, su túnica hace reflejos mercuriales;

es, como un río bajo la noche;

el cortejo real, se pierde al pasar la gran puerta del centro;

en la rotonda de mármoles, se dispersa.

Herodes, dirigiéndose a la puerta de la

derecha, entra con su servidumbre en sus habitaciones.

Herodiada, entra en las suyas, por la puerta central;

la puerta de la izquierda, que lleva a los aposentos de Salomé, está abierta;

un centinela, vela ante ella;

cortesanos y, esclavos, desaparecen;

reina la Soledad...

la luz estelar entra por las ojivas, dando un resplandor verdáseo;

la rotonda parece un pozo enorme, donde acaba de hundirse una muchedumbre de larvas.

*

Con un gesto de la mano, Herodiada, licencia su servidumbre...

queda sola;

ella misma se despoja de su túnica de plata, de sus sandalias de oro, de sus cintillos de perlas y, de brillantes;

las ropas quedan por los suelos;

las joyas sin encerrar en los joyeles;

se viste una túnica rojo obscuro, color de sangre coagulada;

no anuda sus cabellos, que la cubren como un manto;

los brazos y los pies desnudos, emergen de esas negruras, con una candidez lilial;

se dirige a su gabinete de afeites y de

tocado, que separa apenas, una cortina de gasa, verde claro, color de amaranto ;...

a través de esa cortina transparente, iluminado por la luz amarilla de las lámparas perfumadas, el gabinete es como un tabernáculo de oro, en espera del Idolo ;

entre el oro y la plata, cincelados y repujados, de los cofres, los pomos, y, los instrumentos, dispuestos sobre mesas de ónix y de mármol, en el centro, sobre un velador de marfil, blanco, como un catafalco, se ve una bandeja de plata oxídea, y, en ella una cabeza cortada.

Herodías, la reconoce ;

es la de su hijo...

la del Príncipe ;... como ella lo llamaba en la intimidad :

va hacia ella...

se detiene...

vacila...

no osa...

no quiere ver...

se cubre los ojos con las manos;

la fiera, que ha concebido tiene entrañas;

esas entrañas se conmueven;

los ojos que han sembrado el espanto, tienen lágrimas;

la fiera llora...

así, en aquella luz láctea y roja, parece una pantera negra, sorprendida por la tempestad, hosca bajo la lluvia...

retrocede con las manos sobre los ojos...

se detiene;

se quita las manos de los ojos;

salta, más que corre;

desgarra la cortina sin apartarla...

llega a la mesa...

levanta de la bandeja la cabeza muerta...

y, la mira...

la mira...

la mira...

sus manos sin sortijas, son como ga-

rras clavadas en aquella cabeza, que se meja un anaglifo de alabastro, incrustado en oro mórbido;

las manos tiemblan;

un ímpetu de ira le sacude el cuerpo, con estremecimientos de fiebre;

en la convulsión espasmódica, sus miembros se hacen rígidos;

deja de llorar;

las cavernas de sus ojos, se hacen voraces;

acerca su rostro, hasta pegarlo al de su hijo, y, como una leona que ruge hundidos los belfos en la arena para atenuar el furor de sus rugidos dice:

—Dame tus labios...

dámelos y, habla...

¿cómo has muerto?

¿quién te ha matado?

hablen esos labios, que se cerraron en flor sin que yo los ultrajara;

¿quién los selló, con el sello de la Muer-

te, destinado a sellar los labios blasfemos del Profeta?

¿quién ha podido odiarte así?

¡ah! el Odio, que inspira tu madre, te ha matado...

ellos, mis enemigos, me han arrojado tu cabeza, por encima de los muros, del huerto del Rencor...

tu cabeza...

tu cabeza...

no la veo...

no la veo...

me hago ciega al contemplarla...

... ...

... ...

La cabeza del muerto se le rueda de las manos;

cae al suelo;

al ir a recogerla; Herodiada tumba con su cuerpo el velador...

la lámpara, cae y, se rompe...

queda en sombras...

arrastrándose de rodillas busca la cabeza, llamando dulcemente, al hijo muerto...

—Hijo mío...

hijo mío...

no te vayas, no me huyas...

que te mire por última vez...

fijamente...

fijamente...

como no te he mirado nunca...

que te bese por última vez;

ardientemente...

ardientemente...

como no te he besado nunca...

¡eras tan bello!...

¡cómo era de bella tu cabeza, que me entregó el verdugo!...

... ...

Se arrastra no ya de rodillas, sino el

vientre contra el suelo, buscando la cabeza, que ha rodado bajo los muebles...

su voz es un alarido cuando grita :

—Tu cabeza...

¿por qué ha desaparecido tu cabeza?...

quiero ver la cera mortal de tu cabeza...

y, los miosotis turbios de tus ojos...

y, los geranios secos de tus labios ;...

y, tus cabellos, semejantes al metal flúido recién extraído del horno ;...

¿fué por ellos que te tomó el verdugo para cortarte?...

¿te hizo mal? ¿mucho mal?

dímelo, hijo mío ;...

dímelo...

pero...

¿dónde está tu cabeza?

¿por qué huye tu cabeza?

¿también tú, tienes miedo de mis labios?

¿temes ser violado?...

yo quiero ver otra vez tu cabeza...

besar otra vez tu cabeza;

dormirme con tu cabeza sobre mi corazón;

quiero tu cabeza...

¿dónde está tu cabeza?...

... ...

... ...

Se le siente arrastrarse, casi desnuda sobre el pavimento, como una serpiente en furia;

su voz silba, como un crótalo;

se oye el ruido de las mesas y veladores que caen atropellados por su cuerpo, arrastrando con ellos los pomos y, los frascos de cristal llenos de esencias;

hacen un eco doloroso, al romperse contra el suelo;

perfumes acres y enervantes, llenan la atmósfera;

se oye un grito de victoria...

—Ya te tengo;

ya te tengo;
tu cabeza está en mis manos;
¡cómo está fría tu cabeza!
yo, la calentaré con mi aliento...
yo la haré de fuego con mis labios;
la cera virgen se tornará en púrpura...
ninguna mujer te besó en la Vida, como te beso yo en la Muerte...
¿te besaron mucho las mujeres, en la Vida?...
eras tan joven...
¿te besaron así?
¿así?

... ...
... ...

Y, se oye en la sombra el tropel de besos dados en la cabeza muerta.
Herodías ya no se mueve;
tendida en la sombra sobre cojines que ha buscado, abraza la cabeza contra su corazón;

con voz monótona y ronca dice:

—Ya te poseo...

ya eres mío...

nadie me disputará tu cabeza cortada...

nadie, ni tu hermana Salomé, que quería la del Bautista...

porque... ¿tú sabes?...

ella quería momificar la del Profeta;

incrustarla de zafiros;

ungirla de aromas;

eso haré yo, con la tuya...

la embalsamaré con oro y con basalto mezclados a resinas del Oriente...

la incrustaré de gemas preciosas;

pondré dos malaquitas azules en las cuencas de tus ojos;

cercaré de rubíes, la blancura de tus dientes;

y, el más sutil y más bello oro, cubrirá tu cabeza, que será como un ópalo lleno de aceites olorosos;

y, así la pondré sobre mi corazón;

como estará siempre...

... ...

... ...

Se hace el Silencio...

y empiezan a oírse en los ramajes del jardín, los pájaros que cantan las músicas de la Aurora...

nace el Sol.

*

Era ya bien entrada la mañana...

sobre las cimas gualdas ponía el día su fulgor flavescente;

el recamo sutil de los jardines, tenía tonalidades de moaré...

en ondas flexuosas, la luz entraba por la ventana abierta, iluminando el desorden de la estancia...

veladores de nácar tumbados;

mesillas de marfil, caídas por tierra;

volcado un gran vaso de ágata que contenía perfumes;

rota una columna de ónix, que sostenía, un ibis de cristal, cuyos pedazos yacían por el suelo;

la lámpara de alabastro, estrellada por tierra entre una mancha de aceite de Siria, que hacía aún reflejos flavos...

fulgor de los cristales policromos, de los frascos rodados y, rotos sobre el pavimento, dejando escapar aún olores capciosos y enervantes;

sobre un tapiz verde, teniendo por almohada un cojín de seda carmesí, dormía Herodiada;

tendida horizontalmente cuan larga era;

una mano perdida en la cabellera, bajo la nuca, y el brazo en forma de asa;

con el otro, estrechando contra el pecho, la cabeza cortada, como si acabase de lactarla;

bajo el desorden de los cabellos tenebrosos, la frente fruncida, como la de un felino;

la túnica en desorden;

los pies desnudos;

las carnes blondas, brillaban al sol, so-

bre el tapiz verde, como la piel de una pantera dormida en un juncal...

Mirka, la moabita, la sierva de confianza de la Reina, habiendo entrado hasta su lecho, para despertarla, no la halló;

buscóla en el baño asombrada de que hubiese podido ir sola a él;

y no la halló tampoco;

la cortina desgarrada del gabinete de los perfumes, le llamó la atención;

y, entró en él;

y, vió la reina dormida, teniendo abrazada la cabeza, que por su actitud, parecía la de un niño, que buscara un pezón de los senos desnudos, para prenderse de él;

la sierva retrocedió asustada;

al ruido que hizo, Herodiada despertó...

abrió los ojos fatigados;

estiró los brazos, para desperezarse;

la cabeza, rodó fuera del tapiz.

—Coged esa cabeza, y, ponedla sobre

esa bandeja—dijo, señalando aquella de plata, que yacía en el suelo;

la sierva obedeció, temblando.

Herodiada, se incorporó;

apoyó un codo sobre el cojín, y, la cabeza en su mano;

los pechos flácidos y enormes, se escaparon de la túnica desabrochada;

parecían dos lechoncillos recién nacidos;

así, somnolienta y sin afeites, se veía envejecida y arruinada...

bajo el albayalde, la tez se hacía rugosa;

sin el antimonium, los ojos no tenían brillo;

privados del carmín artificial, los labios eran descoloridos y lacios;

las carnes se hacían fofas;

la garganta y los brazos perdían la armonía columnaria de las líneas;

las caderas voluminosas, empezaban a

tomar las formas de las ancas de un mamífero;

el vicio, apresuraba esta desfiguración precoz, que la edad se cuidaba de realizar...

somnolienta y displicente, tenía las cejas juntas, la boca amarga, el ceño imperioso y malo.

—¿Conoces a Maraboth, el esclavo egipcio que petrifica los cadáveres, y, momifica los elefantes sagrados de los gentiles?

—Sí, mi Señora;

lo conozco, porque aquí vino, para momificar el cuerpo de aquel can favorito vuestro, que fué muerto por un jabalí, y que ahora vela a la puerta de vuestros aposentos, como si vivo fuera...

—Bien está;

lleva esa cabeza para que sea petrificada, con el cuerpo del ajusticiado;

y, ordénale venir antes aquí;—

el gesto de la mano, indicó el camino a la sierva;

ésta se retiró, llevándose la cabeza...

Herodiada, puesta en pie, salió a su cámara de lecho, sin hacer atención al desorden del gabinete;

las esclavas que debían llevarla al baño, la esperaban;

se inclinaron en una larga genuflexión;

la Reina, se dejó desnudar;

y, cubierta por un manto de lino se dirigió a la cámara de baño;

no había entrado en ella, cuando se oyeron grandes alaridos, que venían del vestíbulo;

la Reina se detuvo;

una mujer hizo irrupción en el aposento; descompuesta y, clamorosa.

Herodiada la reconoció;

era una de las esclavas de Salomé, encargadas de velar su sueño...

—Señora, Señora—gritó la mujer, tre-

mante, cayendo de rodillas, y tendiendo los brazos y las manos a la Reina, como para asirla.

—¿Qué acaece?—dijo, ésta, imperiosa y preocupada.

—Una gran desgracia — clamó la sierva...

—¿Una gran desgracia? — dijo Herodiada frunciendo el ceño olímpico...— ¿en dónde? ¿a quién? ¿al Rey? ¿lo han asesinado?...

—No, Señora...

a la Princesa Salomé;

—¿A la Princesa Salomé?

¿Sigue enferma la Princesa Salomé?

—No, Señora...

la Princesa Salomé ha desaparecido.

—¿Cómo?

—Yo, no lo sé, Señora;

salió ayer al atardecer, sin duda, para pasear por los jardines, como de costumbre;

acompañábala Anabias, su nodriza;

de ninguna de nosotras quiso la compañía;

vino la noche, y, la Princesa no entró;

de ello no nos apercibimos; porque aquellas de guardia en la antecámara, que da sobre el jardín, suponían que había entrado por la rotonda;

y, aquellas que hacemos guardia en la antecámara de la rotonda, suponíamos que había entrado por la del jardín;

todas la creíamos en la fiesta;

vino el día, y, entró una sierva a despertarla;

no la halló...

su lecho estaba intacto;

la Princesa, no había entrado...

la sierva dió el grito de alarma;...

todas nos dispersamos para buscarla...

en el Palacio, no la hallamos;

en el jardín no había huellas de ella...

¿dónde está la Princesa?

¿nuestra Princesa?

—Eso, os pregunto a vosotras, encar-

gadas de cuidarla—dijo Herodías, pálida, no de dolor, sino de rabia;...

ahora lo comprendía todo...

Salomé había huído, y, había huído con el Bautista;...

para eso habían asesinado a Aristhodemus...

¡a su hijo!...

la Princesa, le había ganado la partida...

la madre no gritó en ella, ante la huída de su hija, sino la hembra rival, vencida y, humillada;...

¡ah! ella se vengaría;

un furor ciego y violento le sacudía todo el cuerpo, le empurpuraba las mejillas y, le cegaba los ojos;

dominándose, dijo:

—¿Y, el Rey? ¿sabe el Rey, la desaparición de la Princesa? es necesario anunciársela... decidlo así al Oficial de mis guardias, que está a la puerta.—

Así diciendo se entregó en manos de sus siervas, para ser vestida...

una vez que lo estuvo, salió;

atravesó el vestíbulo y la rotonda;

entró en los aposentos de su hija...

las esclavas consternadas lloraban;

no les dirigió la palabra;

cuando entró al dormitorio vió el lecho sin tocar;

con una mirada de águila que otea, recorrió todo el aposento;

en un ángulo, sobre una mesa, vió una pequeña arca abierta;

era aquella que guardaba el tesoro de Salomé;

se acercó a ella;

estaba vacía...

buscó el joyel que guardaba las joyas de la Princesa...

no lo halló...

¿quién ha abierto el arca del tesoro de la Princesa?

¿dónde está el joyel y las joyas de la Princesa?

las esclavas asustadas doblaban las cabezas, como si ya fuesen a ser cortadas por la sola mirada de la Reina...

Herodiada salió del aposento, atravesó el vestíbulo;

llegó a la terraza...

bajó la escalera...

la guardia se puso de pie;

sonaron clarines y atambores;

ya en el patio, Herodiada encarándose, con el oficial de guardias, le dijo:

—¿Dónde está la Princesa?

¿por dónde ha huído la Princesa?...

¿con quién ha huído la Princesa?

—Señora—dijo el Oficial;

hace una hora que he entrado de guardia, y, yo no he visto a la Princesa...

—¡Ay de los traidores!—dijo Herodiada, con una voz trágica;

y luego como si la sangre guerrera de antiguos jefes de hordas, que había en

ella, le hubiese subido toda, al corazón, y, a la garganta, gritó...

—¡A mí!...

Soldados de mi guardia...

a mí...

las turbas del Profeta han raptado la Princesa...

vamos a buscar a la Princesa...

Caballeros de mi escolta;

montad vuestros corceles atrevidos, ligeros como el viento del desierto;

vamos a dar caza a aquellos que han raptado a la Princesa...

mis joyas, mis tesoros, para aquel que traiga vivo a mis pies, al raptor de la Princesa...

Oficiales de mi guardia:

aquel que traiga viva la Princesa Salomé, ése será su esposo;

yo, lo proclamo desde ahora Príncipe de Judea...

¡ea! ¡en marcha!

así diciendo:

volvió la espalda...

ascendió la escalinata...

y, se perdió entre la columnata de mármoles, que parecían temblar, al soplo de la cólera imperial.

*

La barca, llevó a Salomé y sus acompañantes, hasta el pie mismo de los muros del Castillo de *Adzor ad Kin*, el Palacio, imperial, viejo como la dinastía de los Antipas, y, en el cual se refugiaban los reyes en días de conmociones interiores, o cuando enemigos extranjeros muy poderosos sitiaban la ciudad;

el castillo rodeado de fosos, inundados por las aguas del río, no era accesible, sino por un puente levadizo que al alzarse, lo aislaba por completo;

cuando los fugitivos llegaron, el guardián de la fortaleza, vino al encuentro de Salomé, prosternándose ante ella;

creyó que el Bautista, era algún prisionero de Estado, de quien el Rey, quería deshacerse, como de tantos otros, que habían entrado allí, para no salir, ya sino por los desagües de los pozos...

Salomé hizo levantar el puente...

el Bautista fué puesto, en una sala central, que era una sala de armas; ornada de panoplias;

un lecho militar;

se le vistió de una túnica blanca proporcionada por Arminius;

el carcelero llegó, trayendo un vaso de hidromiel, preparado por Anabias, y un pan blanco;

lo dejó sobre una mesa tosca y salió;

el Profeta, tenía sed...

bebió el vaso de hidromiel, hasta las heces;

no tocó el pan...

se puso en Oración...

un bienestar supremo lo llenaba;

su cuerpo, parecía hacerse aéreo, y, que le naciesen alas;

una beatitud, toda sensual, lo envolvía, como un manto cálido de perfumes...

su cerebro se hacía lúcido, y mil visiones, nacían en él, de cosas que no había visto nunca...

eran unos jardines encantados, en cuyos ramajes hechos prismáticos por la luz estelar, las flores se abrían como bajos vientres de cristal, y de ellos salían unos divinos rostros que sonreían...

las flores se hacían mujeres...

y marchaban hacia él, como rayos de estrellas en la Noche...

y veía por primera vez, esa maravilla de la Belleza, que es el cuerpo de una mujer desnuda...

y, las miraba, como si fuesen lámparas de cristal, dentro de las cuales ardiese un odio divino;

eran como llamas vivas bajo el cielo fugaz...

sus miembros desnudos, eran como una muda oración de deseos, que venía hacia él...

una salmodia de carnes, que se alzaba de aquellas arpas de bendición y, lo arrullaba suavemente, dulcemente, llenándolo de un terrible soplo de voluptuosidad que envolvía sus carnes como en un manto de fuego y las quemaba...

se hacía hombre;

y su sexo virgen, empezaba a llamarlo, con llamadas desesperadas...

el terrible excitante que Anabias había puesto en el hidromiel, surtía su efecto, inmediato...

lo embriagaba...

ardía sus venas...

y lo envolvía en un terrible soplo de deseos...

de rodillas, en mitad del aposento, tendía sus brazos a las visiones;

y, les sonreía, llamándolas dulcemente...

sin ruido, como si el muro, se hubiese abierto en dos, apareció una mujer, envuelta en un largo velo, transparente, que era como un vestido de cristal;

las desnudeces, así veladas, se hacían más provocativas...

desprendiéndose del muro, la mujer agitó el velo como dos alas...

el velo se alzó hasta más arriba de las rodillas, y la envolvió, como un cáliz de flor;

después... bajó lentamente, y, se modeló en el cuerpo, haciéndolo más bello, en su transparencia luminosa;...

el Santo, la miró largamente, perdidamente con ojos sin rencor, llenos de ternuras sensuales, y, con esa voz tremante de las horas supremas, voz en que gritaba un antiguo y loco deseo martirizado, gimió, tendiendo hacia ella las manos:

—Salomé... Salomé...

la Princesa, oyó esa voz de vencimiento, y, desplegando el velo, en forma de un

inmenso flabelo avanzó hacia el Profeta, como si tuviera alas...

llegada cerca, se detuvo;

giró sobre sus pies, como tomada de vértigo...

la danza desplegó más el manto, que giraba sobre la cabeza del Profeta, como una nube;

era tan rápida, que aun viéndose el cuerpo desnudo, no se podían fijar los contornos de sus desnudeces;

los efluvios cálidos del cuerpo de Salomé, llegaban hasta Johanam, que olfateando la hembra, tendía a ella los brazos y las manos gritando:

—Salomé, Salomé, Salomé...

ésta, retrocedió en una danza ligera, inclinada, haciendo el gesto púdico de cubrir su sexo;

se detuvo...

dejó caer el velo, hasta la cintura, echó la cabeza atrás, como abrumada por el peso de la cabellera, puso una rodilla en

tierra, dejó en descubierto los senos desnudos y, las piernas esculturales;

así tumbada parecía una estatua herida por el rayo...

el Profeta, con los ojos entrecerrados, ya no la llamaba;

apenas si gemía:

—Salomé... Salomé... Salomé...

ésta, se puso en pie lentamente...

quedó erecta, inmóvil;

hierática como un ídolo...

avanzó con paso rítmico de danza sacerdotal, hasta cerca del Bautista, que había cerrado los ojos, y, parecía orar...

llegada frente a él, se detuvo;

dejó caer el manto...

quedó desnuda como un lirio, salpicado de pólen de oro...

la luz fugaba en el mármol de las carnes, y en el flavo leonino, del vello terso, hecho como de una difusión de estrellas...

el Profeta, abrió los ojos y, tendió los brazos;

ella quiso huir, para prolongar el fuego cruel de su concupiscencia;

era tarde...

Johanam, la había asido prontamente, violentamente;

y, le besaba y, le mordía el vientre desnudo, con una brutalidad de fiera...

ciego y bestial, la abrazó por las rodillas;

la levantó en alto...

la llevó consigo como una presa;

y rodaron sobre el lecho...

*

Era ya muy avanzado el día;

el sol, había traspuesto el meridiano, cuando Johanam, abrió los ojos;

fatigado, rendido, roto de los combates del Amor;

libre ya de los efectos del brebaje fatal, miró en torno suyo;

a su lado, Salomé, dormía desnuda, sobre su cabellera, como sobre un tálamo de oro;... con una mano aprisionando un pecho, y, con la otra cubriendo castamente las más bellas desnudeces de su cuerpo...

el Profeta, la contempló con un rencor sordo y vengativo, como si la apuñaleara con los ojos...

sintió el horror y el asco de estar cerca a una serpiente dormida;

y, se tiró del lecho;

un sordo furor lo poseía...

—¡Ah! la hembra—dijo con rencor—la hembra; no cantará su victoria; yo partiré en dos, la víbora del Pecado...

y, así diciendo se dirigió a una panoplia...

arrancó un alfanje...

volvió cerca del lecho;

blandió el arma en el aire;

y, cortó de un tajo la cabeza de Salomé...

el lecho y el cuerpo se empurpuraron de sangre...

los labios de Salomé aun degollada, sonreían, como tendiéndose a un nuevo beso de amor...

... ...

Afuera, se oían rumores confusos, clamores, ruidos de armas.

Johanam, se asomó a la ventana;

gentes asaltaban el castillo;

se peleaba sobre los muros;

abrió la puerta que daba sobre la terraza de la fortaleza, y salió;

se acercó a la muralla;

vió los soldados, que trepaban asaltándola;

abajo, una mancha rojo y oro, rodeada de guardias;

la litera de Herodiada...

ésta lo reconoció:

—El Profeta, ahí está el Profeta; a él, a él;... traedlo vivo...—gritaba a los soldados que trepaban...

Johanam, volvió a la sala de armas, donde estaba el cadáver de Salomé;

le arrancó la cabeza brutalmente;

teniéndola por los cabellos la trajo consigo, dejando en pos suyo, un reguero de sangre;...

se acercó otra vez a la muralla...

los soldados que trepaban estaban ya cerca de él;

al verlo de nuevo Herodiada, le gritaba:

—La Princesa... ¿dónde está la Princesa? entregadnos la Princesa que habéis raptado...

Johanam, tomó la cabeza de Salomé, por el extremo de los cabellos, que eran tan largos;

la agitó en el aire, como una honda...

y la tiró por encima de la muralla, sobre la litera de Herodiada...

la cabeza hendiendo el aire, cayó primero, sobre el techo de púrpura ornado de oro...

y rompiéndolo cayó sobre las rodillas de la Reina...

ésta creyendo en un proyectil fatal, lanzó un grito alzando las manos, para no tocar el artefacto...

la reconoció luego;

era la cabeza de su hija, que le sonreía, entre una aureola de coágulos de sangre...

... ...

Apenas, el Profeta, hubo lanzado la cabeza de Salomé, vió el primer soldado que llegaba a la terraza...

perseguido por él, y, con la lanza en los riñones, corrió al otro extremo;

montó sobre el parapeto;

y, se precipitó en el río...

y, las ondas sirvieron de tumba al cuerpo del Bautista.

FIN

OBRAS DE VARGAS VILA

PUBLICADAS POR LA CASA EDITORIAL SOPENA

Vuelo de Cisnes.

De los Viñedos de la Eternidad.

Libre estética.

María Magdalena.

Sombras de Águilas.

El Final de un Sueño.

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ8179
.V3
S25
1918

2 frs.